
Una Navidad con una Alhelí
NADINE MILLARD

Una Navidad con una alhelí

NADINE MILLARD

CONTENIDO

[Página del título](#)

[Prólogo](#)
[Capítulo uno](#)
[Capítulo dos](#)
[Capítulo tres](#)
[Capítulo cuatro](#)
[Capítulo cinco](#)
[Capítulo seis](#)
[Capítulo siete](#)
[Capítulo ocho](#)
[Capítulo nueve](#)
[Capítulo diez](#)
[Capítulo once](#)
[Capítulo doce](#)
[Epílogo](#)

Prólogo

—Mi pequeño Harry. Ven, permíteme mostrarte algo.

Harry Sampson, en una tierna edad de doce años, decidió en ese mismo momento que el lecho de muerte no era lugar para un niño. Aún así, cuando su adorada abuela le hizo señas para que se acercara, con sus manos nudosas y frágiles de una manera que él nunca había notado antes, se sentó junto a su madre, quien lloraba.

—Eres un buen muchacho, Harry —dijo su abuela con voz ronca y vacilante. Harry hubiera querido no sentirse asustado, en esa habitación oscura y sofocante, pero esa no era la realidad—. Y ahora debes cuidar de tu madre tú solo. —Su madre lloró aún más fuerte, aunque Harry mantuvo sus ojos azules, del mismo color que los de su abuela, fijos en la mujer que yacía en la cama, y no en la otra, que hacía histrionismo a su lado.

Amaba a su madre, por supuesto que la amaba. Sin embargo, ella era tan nerviosa y emotiva, todo el tiempo, que su abuela y él siempre trabajaron incansablemente para evitar que ella se alterara. Incluso a pesar de su dolor y su miedo a que su querida abuela fuera arrebatada, él sentía que esa carga recaía sobre sus hombros, más pesada que antes.

—Lisbeth, pásame el camafeo.

Harry miró hacia donde señalaba su abuela, quien tenía una mano temblorosa, como si el esfuerzo de levantarla fuera insoportable. Su madre se inclinó y agarró un bolso, mirándolo con curiosidad, mientras se lo ofrecía a la abuela, pero ella negó con la cabeza.

—Dáselo al niño, Lisbeth —expresó con voz cansada y áspera por la tensión.

A Harry se le escocieron los ojos, pero parpadeó rápidamente para quitarse las lágrimas. ¡No lloraría! Debía ser fuerte por su abuela. Y por su querida madre…

Él abrió el bolso, vertió el contenido en su mano y miró con curiosidad el camafeo, que tenía en la palma. Examinó la piedra preciosa, sin reconocer la intrincada joya de perla ni impresionarse demasiado con la misma. Obviamente, no le gustaban las joyas de mujeres.

—Esto pertenecía a mi madre —aclaró la abuela—. Fue un regalo de mi padre. Se casaron en secreto porque la familia de ella no lo aprobó. Mi padre era un irlandés sin fortuna, ya ustedes saben, y la familia de mi madre se horrorizó con ese matrimonio. Pero eran jóvenes y estaban enamorados, por supuesto, esto los convirtió en unos tontos… ¡Por completo!

Harry miró a su abuela. Primera vez que la oía hablar de su familia. Todo lo que él sabía de su vida era que su abuelo había muerto, antes que él naciera, y que su propio padre murió, cuando él todavía estaba al mando de una empresa importante. No obstante, jamás se le había ocurrido preguntar por nadie más… Nunca preguntó de dónde venía. ¡Ni siquiera sabía que era descendiente de irlandeses!

—Se amaban intensamente, Harry, aunque los tiempos eran difíciles para ellos. Tu bisabuelo trabajó incansablemente, durante años y años, hasta que pudo proporcionarle a su esposa una vida cómoda. Este camafeo fue un regalo que le hizo el día en que nací, cinco años después de que se casaran en Gretna… Este es un regalo de amor verdadero, siempre lo decía, ¿por qué? Bueno, ¿qué otra cosa sino el amor verdadero podría haberlos mantenido juntos, a través de todas sus pruebas y tribulaciones?

Harry volvió a mirar el camafeo y estudió el perfil de la dama, en busca de algún indicio de reconocimiento.

—Tu bisabuelo llegó a ser un abogado de mucho éxito y vivíamos muy cómodamente.

Pero, por mucho que la mimara con diamantes y rubíes, nada significó tanto para mi madre como esta piedra. Insisto… ¡Este fue su regalo de amor verdadero!

Harry no tenía tiempo para tonterías románticas, pero algo en esta historia, sobre su familia y ese regalo de amor verdadero, lucía especial de alguna manera.

—Lo he guardado todos estos años. Harry… Tenía la esperanza de estar aquí para verte entregárselo a alguien. ¡Alguien por quien sientas amor verdadero! Es el tipo de amor que puede superar cualquier cosa, y seguir ardiendo tan brillantemente como siempre.

Su madre comenzó a sollozar en silencio, ante esas palabras, y Harry no podía decir si era por el dolor de perder a una madre amada, o porque obviamente nunca había experimentado algo así. Sin embargo, su padre había sido un sinvergüenza y un derrochador. Y así fue como terminaron allí, viviendo con la abuela, después que el hombre muriera en un duelo de borrachos, y los dejara completamente desamparados.

A pesar que las chicas le repugnaban, Harry decidió en ese momento que honraría la tradición del camafeo. Se casaría por amor verdadero, como un conquistador, o no lo haría. Solo se lo regalaría a una mujer, a la que amara, mostrando un fuego tan brillante como el de su bisabuelo.

—No podré verte darle ese regalo a alguien, hijo mío. Pero sé que elegirás bien. Y recuerda que cuando encuentres a la dama, a quien le regalarás tu corazón y este obsequio, yo estaré velando por ti.

Harry se guardó la piedra preciosa, en el bolsillo, con la garganta dolorosamente cerrada por aguantar las lágrimas, que ya no podía contener. Inclinándose, le dio un beso en la frente a su abuela, inhalando el aroma a lavanda, que siempre la rodeaba y tratando de retenerlo para poder llevarlo consigo siempre, incluso cuando ella fuera a algún lugar, al que él no pudiera seguirla.

—Te amo, abuela —susurró—. Prometo que buscaré un amor verdadero. Encontraré a alguien para tu regalo.

Ella no respondió. Él sintió que su respiración se detuvo… Supo que ella se había ido. Harry se enderezó y solo pudo mirar su amado rostro, vagamente consciente que su madre llamaba al médico, y otros la apartaban con cuidado del camino, mientras escuchaba llantos, lamentos y parloteos, a su alrededor.

Y durante todo ese tiempo, él mantuvo su mano agarrando el regalo en su bolsillo. *“Un día encontraré a alguien a quien amar tanto”*, se dijo a sí mismo.

Capítulo uno

—¡Ah! Harry, amigo. Me alegro de verte.

Harry Sampson estrechó la mano del hombre que le sonreía desde detrás de un enorme escritorio de caoba.

El conde de Fincham le había estado dando trabajo a Harry, quien era su abogado, durante años. Se conocieron en Eton, una escuela que Harry pudo pagar gracias a la generosa herencia que recibió de su abuela. Se reencontraron en Oxford, y se inició una especie de amistad entre ellos. Incluso con el paso de los años, debido a sus actividades laborales y experiencias, esa relación se había convertido en una sólida amistad. Alexander Stratford era una de las personas más importantes en la vida de Harry.

Unos años atrás, el conde había estado siguiendo un camino de depravación y libertinaje, pero entonces conoció a su esposa, Olivia. Harry nunca vio a un hombre tan trastornado como Alex por su esposa. Había sido muy divertido presenciarlo.

Él no se encontraba en Londres, cuando ellos se enamoraron, pero por las cartas de Alex, Harry se había dado cuenta que realmente el conde estaba enamorado. Y ahora que los había visto juntos, podía verlo por sí mismo. ¡Era amor real y verdadero! El tipo de amor digno del regalo de su abuela. Harry estaba feliz por su amigo, pero, ¡maldita sea! Sentía una pequeña punzada de envidia, cuando pensaba en el camafeo que acumulaba polvo en su casa. Además él pensó que había encontrado a la mujer, a la que podía regalárselo. ¡Qué error tan grande cometió!

—¿Quieres beber? —preguntó Alex, mientras dirigía su vista hacia la jarra y los vasos, que estaban junto a su escritorio.

—¿Es necesario siquiera preguntar? —Él se rió, al tomar asiento.

—¿Cómo van los negocios? —El conde le entregó un vaso a Harry, antes de regresar a su asiento.

—Como siempre, muy ocupado, especialmente en esta época del año. Como sabes, no muchas familias se quedan en Londres durante la Navidad, así que hay mucha correspondencia que atender.

—¡Ah! Pero la Navidad, en Londres, tiene un significado especial para Olivia y para mí.

Por la repentina mirada acalorada, en los ojos del conde, Harry estaba muy seguro que él no quería saber exactamente por qué. De antemano, él sabía que ese era un romance vertiginoso y que, de hecho, ambos habían sido enemigos hasta que se enamoraron. No había obtenido muchos detalles, solo que trataron de ayudar a la hermana de Olivia con algo, y en algún momento del camino, ellos se enamoraron.

Desde entonces, la Navidad en Londres se había convertido en una tradición para esta pareja, y, aunque abandonaban la ciudad, al final de la temporada, como el resto de la alta sociedad, siempre regresaban para la Navidad. Harry estaba allí, solo este año, porque su madre falleció el verano pasado, y todavía no estaba preparado para afrontar las vacaciones, en su enorme y vieja casa vacía. Todavía no. ¡Tal vez nunca!

—Mmm… Bueno, a juzgar por la expresión de tu rostro, puedo suponer que no quiero conocer los detalles de tu significado especial —bromeó.

Alex se rió, completamente imperturbable, ante el falso disgusto de Harry.

—Entonces, ¿qué te trae por aquí? —preguntó—. No creo que tengamos nada

extraordinario, ¿cierto?

—No, nada —replicó Harry—. Pensé en pasar por aquí, y entregarte mi respuesta a tu invitación, personalmente.

—Déjame adivinar. Estás demasiado ocupado y eres demasiado importante para pasar la Navidad con un viejo amigo y, en cambio, estarás supervisando una de tus innumerables inversiones en algún rincón remoto del país. ¿O tal vez tienes una fiesta en París, que no te puedes perder? ¿O una reunión en Gante? ¡Tantas trivialidades! Harry. Y tan poco tiempo para...

Harry respondió con un gesto ordinario, que le provocó risa a su amigo. Es cierto que los Fincham lo habían invitado a sus celebraciones, desde que se casaron, y que todos los años había tenido que enviarle sus disculpas. Más aún, él se perdió la boda, algo por lo que todavía se sentía terriblemente culpable.

—Por casualidad, he decidido ser caritativo y reservar tiempo en mi apretada agenda para ti.

—¿Quieres decir que nos acompañarás en nuestras celebraciones? —preguntó Alex.

—En efecto —confirmó con una sonrisa—. Me quedaré en la casa de Londres, pero aceptaré con gusto y agradecimiento cualquier invitación navideña que me hagan.

—Es una noticia excelente, amigo mío —manifestó Alex con una sonrisa—. ¡Olivia estará encantada! Y por fin podrás conocer a su hermana. No puedo creer que sus caminos aún no se hayan cruzado.

Si la memoria no le fallaba a Harry, su amigo se refería a Jane. ¡La hermana que casi se había visto envuelta en algún tipo de escándalo! Con ese bastardo de Elliot St. Clare. Harry solo lo sabía porque Alex le había ordenado, que se asegurara que St. Clare se mantuviera lo más alejado posible de la familia de Olivia. También se había encargado que el holgazán fuera incluido en la lista negra de casi todos los lugares respetables de Londres, ya fuera White's o ciertas salas de juego. Incluso en algunas residencias privadas. Harry sabía que el hombre ahora pasaba su tiempo rondando los lugares menos salubres de St. Giles. Lo sabía porque su trabajo era ocuparse de estos asuntos.

Era cierto que nunca había conocido a la hermana, aunque, por lo que él podía entender, ella era una especie de reclusa. Nunca venía a Londres para pasar la temporada. Él sabía que, en algunas ocasiones, ella se quedaba en Fincham Hall con Alex y Olivia, junto con sus padres, pero, eso era todo. Y, a decir verdad, Harry no estaba de humor para atender a una hermana solterona, no obstante, nunca podría ni diría esto, por respeto a su apreciado amigo.

De modo que sonrió y alzó su copa casi vacía hacia el conde.

—Estoy deseando conocerla —dijo con un tono cuidadosamente equilibrado—. Y quiero pasar una maravillosa Navidad con todos ustedes.

***

—Jane, querida, por favor, piénsalo mejor. Las celebraciones navideñas no serán lo mismo sin ti.

Jane Darington le sonrió a su hermana, intentando que no se notara su humillación. Por mucho que Olivia, ahora condesa de Fincham, dijera lo que quisiera, y por mucho que Alex y ella intentaran incluirla y tratarla, como a un miembro querido de la familia, y no como a una molestosa solterona, quien estaba completamente marginada, Jane simplemente no podía soportar ir a otra fiesta en la mansión de ellos.

Este año, sus padres ni siquiera habían asistido a las fiestas de Olivia y Alex en Londres. Más bien, ellos decidieron quedarse en casa, celebrando modestamente en su pueblo. Pero Olivia

le había rogado y suplicado a Jane, que los visitara, así que ella vino, ratificando que se marcharía, esa mañana, para estar en su casa para Navidad.

De esta manera, Jane pudo ver a su hermana, sin tener que sufrir otra Navidad humillante por ser la hermana soltera, la mayor, la solterona y la introvertida.

Ni siquiera era tan vieja. Hacía poco que había cumplido veinticuatro años. Pero eso no importaba. El nombre de su familia ya había sido arrastrado por un escándalo, cuando su padre perdió su fortuna apostando. Todo el mundo sabía de esa caída en desgracia, y lo habían leído en los periódicos.

Igualmente, esto significaba que todos sabían que la familia había recuperado su posición social y sus arcas repletas, gracias a la generosidad de Alex, quien decidió auxiliar a esa familia, en quiebra, debido a su inmenso amor por Olivia. Más aún, él no podía soportar ver a Oliva infeliz. Así que todos se beneficiaron por esa relación. Y esto era vergonzoso. ¡Muy vergonzoso!

—Vamos, Livy... Lo acordamos… Alex tiene su carruaje esperando afuera. Milly ya está sentada allí con mis cosas. Y mamá y papá me están esperando.

—¡Tonterías! —espetó Olivia con su tono firme y directo. Olivia siempre había sido demasiado franca. Nunca le importó lo que la gente pensara de ella, jamás le había importado eso. Incluso no le hubiera mortificado ser la hermana solterona.

Y tampoco se habría dejado engañar por un canalla como Elliot St. Clare y luego quedar humillada. Esa era otra cosa que Alex había solucionado. Cuando St. Clare le había hecho insinuaciones no deseadas a Jane, y después la amenazó con arruinarla por completo, Alex y su hombre de leyes habían hecho que todo desapareciera mágicamente. No sabía cómo, y no quería saberlo particularmente. Sin embargo, esto le dolía. Aunque estaba monstruosamente feliz por Livy y Alex, pero... bueno... Por supuesto, Olivia habría manejado esta situación en la vida mucho mejor que Jane.

—Milly puede viajar a casa perfectamente sin ti, como tú lo sabes. Preferiría que fuera así, ya que si no estás allí… puedes pasar más tiempo con tu familia. Tengo mucho personal aquí para atenderte.

—¿Pero?

—El carruaje se llevará a Milly, sana y salva a casa. Al conductor no le importa si estás allí o no.

—Olivia, yo…

—Y en cuanto a mamá y papá, bueno, honestamente querida, ¿de verdad crees que se darán cuenta, o les importará si no estás allí? Ven, sabes que te divertirás más aquí conmigo, que viendo a papá emborracharse tanto que caerá de bruces en un ganso.

Esta fue una descripción lo suficientemente precisa, como para que Jane se riera a carcajadas. Pero allí estaba ella en un fugaz momento de frivolidad.

—Livy, me encanta estar aquí contigo y con Alex. Has sido muy buena conmigo. Pero siento que…

—¿Qué sientes?

Jane suspiró, sin saber muy bien cómo articular lo que quería decir. Tomó un chal, que había olvidado meter en la maleta, y se pasó el suave material por los dedos, mientras hablaba, sin querer encontrarse con la mirada color chocolate de Olivia, tan parecida a la suya.

—Me siento como si no fuera más que una carga —admitió finalmente con un suspiro—. Como si… cada vez que organizas una cena o una fiesta, o incluso una celebración grande en casa, todos me miran y piensan que ahí estoy: una *alhelí*, la solterona, la hermana que nadie quiere, viviendo de la bondad de su cuñado. Es... ¡Esto es insoportable!

El silencio que siguió, a sus palabras, fue ensordecedor y, cuando ya no pudo soportarlo más, se arriesgó a levantar la vista. El rostro de Olivia era una imagen de conmoción y dolor, y Jane sintió que se le retorcía el estómago de culpa. No había querido molestar a su hermana. Eso era lo último que quería hacer.

—Jane. —La voz de Olivia estaba cargada de sorpresa, lo que hizo que Jane supiera que había tomado a su hermana por sorpresa—. ¿Cómo puedes pensar algo así? Eres joven, hermosa, amable y... maravillosa. ¡Realmente maravillosa! —enfatizó Olivia, extendiendo la mano y agarrando las dos manos de Jane entre las suyas—. Nadie te verá de esa manera. Y si lo hacen, ya no serán bienvenidos en mi casa.

Jane no pudo evitar sonreír, ante la feroz actitud protectora de su hermana. Siempre había sido así. Incluso cuando su familia estuvo a punto de arruinarse, tanto económica como socialmente, Olivia fue la que les dio ánimos, ignorando el terrible trato que recibían. Jane, por otra parte, había intentado desesperadamente aferrarse a cualquier rastro de su antigua vida. Tanto era así, que se puso en el camino de ese peligroso canalla, Elliot St. Clare. Incluso ahora, el recuerdo de esa época la hacía estremecer.

—Sabes —continuó Olivia—, hay muchos caballeros que estarían dispuestos a cortejarte, Jane, si lo permitieras. Son solo tus propias decisiones las que te convierten en la *alhelí*, que tú dices ser. Rechazas todos los bailes, ignoras las invitaciones para paseos en coche o para ir al teatro. Si alguien te llamara la atención, podrías...

—Por favor, Livy. No quiero... no puedo... —Se detuvo torpemente, sin saber muy bien cómo expresar sus sentimientos con palabras. No le daban miedo los hombres por su experiencia con Elliot St. Clare. Sabía que no todos eran unos peligrosos libertinos. Sin embargo, no era solo que él hubiera intentado aprovecharse de ella, sino que le hizo creer que se preocupaba por su persona. La había hecho creer que ella sería capaz de salir de la pobreza refinada, en la que se había hundido, y también encontrar el amor.

¡Y todo esto no había sido más que una broma cruel!

Él no la amó. Tampoco quiso casarse con ella. Y al final, ella vio entre bastidores cómo Olivia encontró un amor del que se habla en los cuentos de hadas, que los había salvado a todos de la indigencia.

La idea de arrastrarse, a través de otra temporada, cuando era mayor que casi todas las demás mujeres solteras, escuchando tonterías sobre caza y salones de Tattersall's, dolorosamente consciente de su falta de dote y conexiones, más allá de Alex, la hacía sentir enferma. Y aunque era Navidad y, por lo tanto, no era la época del mercado matrimonial despiadado de una temporada propiamente dicha, sería más de lo mismo, en menor escala. Simplemente, ella no podía enfrentarlo.

El silencio se prolongó hasta resultar incómodo y sorprendentemente. Olivia lo rompió.

—Muy bien —dijo ella—. Una Navidad tranquila en familia suena perfecto. Cancelaremos la mayoría de las invitaciones y solo ofreceremos cenas íntimas, a las que no podamos escapar. Principalmente, la familia de Alexander y su buen amigo Harry, el abogado del que te hablé. Es su primera temporada de vacaciones, en Londres, en años, así que Alex quiere que venga con nosotros para las festividades, pero... pero solo él. Y un puñado de otros. Nadie más… Nos esconderemos, beberemos sidra caliente, cantaremos, comeremos pudin de brandy, y simplemente... Por favor, Jane. Por favor, ¡quédate!

Jane miró a su hermana, conmovida por el hecho que Olivia hubiera llegado tan lejos para retenerla allí. Pensó en la Navidad en casa con sus padres: su padre borracho, antes del almuerzo, su madre abatida y quejándose de su situación, y se dio cuenta que sería aún más

miserable allí. Tal vez era hora de dejar de compadecerse de sí misma, y sentir los ánimos de la situación.

—¿Cómo puedo decir que no a eso? —bromeó, manteniendo la voz tranquila, riéndose, mientras Olivia chillaba y la abrazaba—. ¡Por una feliz Navidad!

Capítulo dos

—¡Jane! ¿Estás aquí? … Ven a conocer al amigo de Alex.

Jane hizo una mueca de dolor, ante el entusiasmo de Olivia, pero se recordó severamente que había accedido a su petición. Durante sus abluciones vespertinas se había dicho a sí misma que: no debía mostrarse amargada por las festividades, tenía suerte de tener una hermana cariñosa, que quisiera pasar las fiestas navideñas con ella, y además, las reuniones pequeñas e íntimas son perfectamente agradables.

No obstante, en medio de todo esto, prefería olvidar que Olivia y ella, o mejor dicho, Alex y ella, tenían ideas muy diferentes de lo que implicaba "pequeño" e "íntimo". Es cierto que desde su matrimonio con Livy, las fiestas de Alex no eran tan degradantes como solían ser. De hecho, no se parecían ni de lejos a eso. Y hacía mucho que había cortado lazos con Elliot St. Clare y sus semejantes. Pero estar de pie en la puerta del gran salón, y ver lo que constituía "un poco de gente conocida", cuando Alex era un conde poderoso, bueno, era más que un poco intimidante.

Se pasó las manos por la parte delantera de su vestido de noche de satén, y se sintió mal vestida, al contemplar las joyas y las plumas que la rodeaban. Olivia lucía radiante con un vestido de seda color rubor, aunque ella siempre se mostraba resplandeciente, incluso cuando eran tan pobres como ratones de iglesia. Al menos las joyas de Livy eran sutiles, nada más que aretes de perlas, y un exquisito collar de perlas y diamantes.

—Estás preciosa, querida —dijo Olivia con una sonrisa, mientras tomaba la mano de Jane y la arrastraba hacia el salón. Pero el cumplido de su hermana significaba poco, ante los susurros de los admiradores y las miradas de reojo, que estaba recibiendo de las otras damas presentes.

—Livy, todo el mundo me está mirando —murmuró Jane, frenéticamente.

—Eso es porque te ves muy bien —replicó Livy, y Jane ya podía oír el hilo de terquedad, en la voz de su hermana menor. Ya no habría forma de escapar de esa fiesta. A menos que fuera en un ataúd.

—Porque ellos creen que soy la hermana solterona de la condesa, que viene a inmiscuirse de nuevo en tu familia.

—¡Tonterías! —expresó Olivia con firmeza—. Y aunque eso fuera cierto, cada una tendría que ocuparse de sus propios asuntos, ¿no?

"¡Oh! ¡Si tuviera la tenacidad de mi hermana menor!" Jane lo pensó, mientras la arrastraban a regañadientes por el salón. Mantenía la mirada fija en las zapatillas de marfil, que había elegido para combinar con su vestido y rezaba para que la noche pasara rápido, y pudiera encontrar un rincón tranquilo donde esconderse.

Olivia charlaba, asentía, sonreía y saludaba a los invitados con su vivacidad habitual. Y Jane se preguntó, no por primera vez, cómo era posible que ambas fueran tan parecidas, en apariencia, pero tan diferentes en sus actitudes. Siempre había pensado que le encantaría vivir en los escalones superiores de la alta sociedad. Que al estar del brazo de un noble, o al menos de un caballero muy rico, pasar los veranos en Almack's y en los salones de baile de Mayfair, vigilando a las debutantes más jóvenes, y estar en el centro de la alta sociedad le brindaría una alegría sin igual.

Sin embargo, y… ¿ahora? Bueno, a medida que fue creciendo, empezó a darse cuenta

que nada de eso importaba realmente ante la soledad. Quería lo que tenían Olivia y Alex. No porque Alex tuviera un título y fuera rico como Creso, sino porque los dos estaban enamorados. Y como había sufrido penurias y humillaciones, sabía lo que realmente le importaba en la vida. Y no era tener el título "Lady", antes de su nombre.

—Lady Fincham, espero que hayas venido a rescatarme de la aburrida conversación de tu marido.

Jane levantó la vista, al oír una voz masculina, y vio que Alex se acercaba y tomaba a Olivia entre sus brazos. Él nunca había sido tímido a la hora de demostrar afecto por su esposa, en público.

—Imagínate —dijo Alex con fingida indignación—. Finalmente consigo que él venga a pasar las vacaciones con nosotros, y me insulta.

—No lo encuentro aburrido, mi amor —manifestó Olivia, mientras sonreía con adoración a su marido.

—Mmm. Por alguna razón, no creo que las cosas que te hacen interesarte en mí funcionen con Sampson, cariño.

Olivia le dio un manotazo a Alex con su abanico, aunque a juzgar por la sonrisa de satisfacción, en su rostro, no le importó demasiado ese escandaloso coqueteo. Pero Jane lo encontró un poco embarazoso, y se encontró desviando la mirada hasta que ellos lograron controlarse.

Miró al compañero de Alex, del que habían bromeado sobre su aburrimiento, y lo encontró mirándola, con su hermoso rostro abierto y amistoso, y sus ojos de un impactante tono azul.

—Mis disculpas, señorita —le dijo directamente sin que siquiera los hubieran presentado —. Me temo que este comportamiento inapropiado es culpa mía.

—¡Oh! —Para su horror, Jane sintió que se le calentaban las mejillas, ante el escrutinio del caballero—. N-no te preocupes… Siempre son así.

Su sonrisa se ensanchó y ella no pudo evitar notar que tenía hoyuelos, cuando sonreía de esa manera. Curiosamente, el estómago de ella se revolvió en respuesta. Pero claro, su estómago ya se había revuelto una vez, y esto no había terminado bien.

—Jane, este es Harry Sampson, el sufrido abogado y amigo de Alex… Harry, mi hermana, la señorita Jane Darington.

Jane observó, mientras el señor Sampson hacía una reverencia, y solo se acordó de hacerla, cuando Olivia le dio un codazo.

—Debería haberme dado cuenta que eran hermanas —dijo Sampson—. Se parecen tanto.

—Sí, bueno. Ahí es donde terminan las similitudes, me temo —destacó Alex—. Jane es una dama perfectamente educada y siempre es agradable. A diferencia de mi esposa, quien es demasiado rebelde.

Olivia le dio una palmada en el hombro a Alex, el lenguaje que usó cuando lo regañaba no era para nada apropiado para una reunión, mientras que se reía y rechazaba los intentos de Alex de disculparse y adularla.

—Supongo que tendré que esperar esto durante las próximas semanas —preguntó el señor Sampson con tristeza.

—Me temo que sí —murmuró Jane, que todavía se sentía un poco desconcertada, aunque no sabía por qué—. No son exactamente un matrimonio convencional.

—Bien —respondió él, rápidamente—. Lo convencional está muy sobrevalorado, ¿no lo crees?

—¡Ah! Sí, supongo que sí —replicó ella, aunque no estaba del todo segura en estar de acuerdo. Olivia nunca había sido partidaria de los convencionalismos. Y por supuesto, Alex tampoco. Aunque Jane siempre había actuado exactamente como debía hacerlo. Jamás se le ocurriría otra cosa.

—Dado que parece que esto va a durar un rato, ¿te apetece un poco de ponche? Sería agradable hablar con alguien que no se la pasa mirando a su hermana desde el otro lado del salón.

Alex y Livy no oyeron lo que dijo el señor Sampson, o simplemente no les importó. Y como parecía que estaban a punto de hacer algo terriblemente escandaloso, delante de sus invitados, Jane asintió con la cabeza y se apresuró a irse con el apuesto amigo de Alex.

***

Harry miraba a Jane con atención, pero no podía evitarlo. Alex le había dicho que Jane Darington era agradable, un poco reservada y muy bonita. ¡Realmente hermosa! Y era absolutamente etérea…

Aunque era empalagosamente obvio que Alex no veía a nadie más que a su esposa, tal vez no podía ver lo bella que era Jane Darington. No obstante, la parte reservada de ella parecía ser perfecta. Era lo opuesto a su fogosa, vivaz e intrépida hermana.

Harry seguía observando a Jane, mientras ella bebía un delicado sorbo del potente ponche de la condesa, con el rubor aún tiñéndole las mejillas. Y aunque podía admitir que disfrutaba de la vista, había una parte de él que temía intentar arrancarle una conversación a una mujer tan tímida. Pero, como abogado, él pasaba la mayor parte de sus días conversando, en el trabajo. Y no quería hacer esto en Navidad.

Sin embargo, había algo especial en ella, que no podía evitar y le resultaba intrigante. Tal vez era simplemente porque era hermosa. O posiblemente esto se debía que aunque Jane estaba al borde de ser dolorosamente tranquila, había cierta serenidad en ella, que lo hacía sentir a gusto. Algo que no había sentido realmente desde la infancia. Y no podía olvidar que, dado que estaba disfrutando mucho de la hospitalidad de Alex, realmente debería hacer el esfuerzo de conocer a su cuñada.

—¿Bailas, señorita Darington? —preguntó, a falta de algo más que decir.

—¡Oh! ¡Eh! No —murmuró ella—. Quiero decir… Sí… No... —Se detuvo y exhaló un suspiro, que parecía surgir de lo más profundo de su alma, antes de continuar—, puedo bailar. Pero ya no lo hago. Ya no.

Harry se quedó un poco perplejo y no supo qué decir. No estaba ciego, podía ver el destello de una emoción intensa, en esos ojos tan increíbles. Pero no tenía idea qué podía ser, y tampoco sentía que ella estuviera dispuesta a decírselo.

Sinceramente, la mayoría de sus relaciones actuales eran superficiales. Como desde muy joven había tenido que asumir muchas responsabilidades, en su tiempo libre, solía mantener las cosas divertidas, alegres y fáciles. Le gustaban las personas que no exigían esfuerzo, aunque eso lo hiciera más bien superficial.

No obstante, él supuso que debía intentarlo con la cuñada de Alex. Abrió la boca para intentar tranquilizarla, una vez más, cuando una voz sonó detrás de él.

—Harry Sampson. Por fin de vuelta en Londres.

Harry volteó hacia la voz, que se oía detrás de ellos, y, con gran sorpresa, vio a una dama rubia, delicada y bonita, que le sonreía… Henrietta Bruce. O más bien, supuso, Lady Glenmore. La mujer a la que había pensado darle el regalo de Navidad de su abuela… Y ella parecía

encantada de verlo.

Capítulo tres

Jane sabía que esconderse en los rincones se estaba convirtiendo en un hábito terrible para ella, pero era preferible a ver a todos los demás comer, beber y divertirse. Odiaba sentirse tan sentimental. Tampoco le gustaba lo mal que estaba de ánimo, a veces. Ni siquiera le agradaba lo mucho que Livy se esforzaba por hacerla sentir querida y bienvenida, mientras ella apenas podía sonreír, así fuera en contra de su voluntad.

No siempre había sido tan triste ni tan reservada. De hecho, ella fue quien volvió a reunir a Livy y Alex, después de una infancia de enemistad. Cuando su familia perdió su fortuna, Jane se lanzó al estilo de vida de fiestas y actitudes despreocupadas, que también era típico de Alex. Obviamente, él nunca habría permitido que a ella le pasara algo malo. La había tratado, como si fuera una hermana, y ella había disfrutado plenamente de la libertad y la frivolidad de todo aquello.

Livy no había confiado ni un ápice en Alex y su grupo. Ella le dijo a Jane que todos ellos eran malas influencias, y que la llevarían a la muerte. A pesar que se había equivocado maravillosamente con Alex, desafortunadamente, sí había estado en lo cierto con su otrora amigo, Elliot St. Clare, quien engañó a Jane. La había seducido con la promesa de amor, seguridad y comodidad. Y luego le arrebató todo de la peor y más humillante manera posible.

Una carcajada masculina se escuchó, en todo el salón, y los ojos de Jane se dirigieron hacia el origen, por su propia voluntad.

Era el amigo de Alex, el señor Sampson. Otro hombre apuesto, encantador y cordial. No tenía título ni provenía de una familia noble, pero era rico y privilegiado, con el mismo bronce que Elliot. Y a juzgar por la forma en que se reía con aquella dama rubia, al otro lado de la sala, era igualmente popular entre el sexo femenino.

Ella puso los ojos en blanco, mientras observaba a la mujer golpearle el brazo con el abanico. ¡Todos esos hombres son iguales! La forma en que sus ojos se habían abierto de par en par, cuando se encontraron con la mirada de la mujer, la manera en que había murmurado su nombre, mientras se inclinaba sobre su mano. Era obvio que había algo entre ellos.

Y aunque Jane no había sido precisamente una conversadora fascinante, habría sido bueno que él no se hubiera olvidado inmediatamente de su existencia. Pero claro, ella pasaba todo el tiempo intentando ser invisible, así que tal vez debería estar contenta que esto pareciera que estaba funcionando.

Otra carcajada estruendosa desgarró el aire seguida de otro golpecito de abanico y, por alguna extraña razón, de repente Jane sintió que se estaba perdiendo algo. Por ridículo que fuera, por una fracción de segundo, Jane se encontró deseando estar en medio de todo, jugando a las cartas o bailando, o incluso golpeando a los apuestos caballeros, en el brazo, con su abanico.

Tal vez era hora de cambiar un poco las cosas. En lugar de deprimirse, detrás de columnas, y ver pasar el mundo, podría volver a entrar en el mismo. ¡Ya era hora de disfrutarlo y vivir en él! Posiblemente, en lugar de tener a Olivia, preocupándose por ella, podría permitir que su hermana disfrutara de la Navidad, y no estuviera preguntándose, si ella lo estaba pasando bien o no. ¡Esto sonaba maravilloso! Así que Jane debería hacerlo.

Tras respirar profundamente para tranquilizarse, Jane dio un paso nervioso desde detrás del pilar, cuando un par de voces masculinas se dirigieron hacia ella.

—Estas cosas, ciertamente, han perdido algo de su atractivo desde que Fincham cayó en

la trampa del párroco.

—Mmm… Lady Glenmore claramente ya no está de luto, luce tan deslumbrante como siempre. Ahora que es viuda puede que sea un poco más generosa con sus favores.

Ellos resoplaron y resoplaron, como cerdos, por un largo rato.

—Pero tiene la mira puesta de nuevo en Sampson, y parece que a él no le importa.

—¿Y quién podría culparlo? Su nombre no fue lo suficientemente bueno, como para que ella se casara con él, y ahora ella parece más que dispuesta a acostarse con él.

—¡Qué cabrón más afortunado! —dijo la segunda voz—. No creo que yo tenga muchas posibilidades de ganarle.

—No quedan muchas mujeres en Londres. Parece que tendrás que frecuentar uno de esos burdeles… A menos que te hayan prohibido entrar en todos ellos.

—Mmm… Todos los que no quieren que vaya por alguna enfermedad u otra.

A Jane se le revolvió el estómago por el giro de esa conversación. Si se daba a conocer ahora, sabrían que había oído su vulgar charla. Y la única salida era pasar por delante de ellos.

—¿Y qué pasa con la hermana de Lady Fincham?

Todo su cuerpo se congeló, mientras sus mejillas ardían por la humillación, y aunque estaba absolutamente segura que no quería escuchar lo que vendría a continuación, estaba completamente atrapada.

—¿La solterona? —El primero resolló con desdén—. Es bonita, pero aburrida como el agua de fregar. Aún así, tal vez valga la pena levantarle las faldas solo por su belleza.

Otra risa desdeñosa irritó a Jane.

—No creo que puedas acercarte a ella.

—No estoy tan seguro. Tal vez agradezca la atención. Debe sentir frío, viviendo ante la sombra de su deliciosa hermana.

—Dudo que acostarte con ella sea algo digno de presumir. Imagínate lo aburrido que estarías.

Siguieron parloteando de la forma más grosera, pero Jane ya había oído suficiente. Se llevó el vaso de ponche a la boca y bebió el contenido de un trago. Ciertamente, lo que Olivia le había puesto allí le dejó un rastro de llamas, que le bajaba por la garganta hasta la boca del estómago.

No debería importarle lo que dos patanes repugnantes pensaran de ella. Y no le importaba. Pero por más que intentaba decírselo a sí misma, la vergüenza simplemente no desaparecía. *"Bonita, pero aburrida como el agua de fregar. ¡Aburrida! Viviendo ante la sombra de su deliciosa hermana"*. Nada de eso era nuevo para ella.

¿Y acaso no se había estado diciendo a sí misma que iba a cambiar? No por las opiniones de dos viejos borrachos groseros, sino porque estaba tomando una decisión. Una de ser feliz y vivir un poco.

El problema era que no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo. Después de tanto tiempo, en las sombras, no creía que tuviera mucha luz frívola en su interior.

El sonido de la risa del señor Sampson se escuchó, una vez más, y esta vez, cuando Jane lo miró, él estaba rodeado por un grupo de personas que bebían, reían, sonreían y estaban llenas de alegría. Se encontraba rodeado de luz.

Aunque ella no sabía cómo simplemente relajarse, y entregarse al disfrute de la temporada. Pero lo haría.

***

Harry se llevó una copa de champán caliente, a los labios, e hizo una mueca, mientras bebía, esperando que sus manos no temblaran y desmintieran la verdad de su estado emocional.

Pensaba en Henrietta, conocida como Harriet Bruce o Lady Glenmore. Precisamente, ella era viuda, y lo había abandonado por ese hombre, ya que Glenmore era un conde y Harry no era nadie. Ahora, ella no solo era viuda y había dejado de estar de luto, sino que estaba en la ciudad para pasar la Navidad. Glenmore, había dicho con un gesto sensual de sus grandes ojos azules, que se sentía muy sola y estaba deseando pasar unas semanas de diversión. Sin embargo, aparentemente, pasar la Navidad con sus hijos no era una prioridad ni algo que ella hubiera considerado hacer.

No había forma de confundir la invitación en cada sonrisa, risa y roce de su mano contra su brazo. Y él no sabía cómo sentirse al respecto. Había estado tan seguro que la amaba. Ella era joven, deliciosa, romántica e ingenua. Pero había sido tan insensible con él, al rechazarlo. Por lo que Harry se había ido a lamer sus heridas, y ahogar sus penas en entretenimientos desenfadados y mujeres con faldas ligeras.

Aunque ese rechazo ya no le dolía y había dejado de sentirse enojado por esa decisión. Después de todo, él sabía cómo era este juego perverso. Y una belleza como la de ella era una mercancía. Algo que se podía canjear por un título y la entrada a la élite de la alta sociedad. En realidad, ni siquiera la culpaba por lo que había hecho. No obstante, eso significó que el regalo de su abuela se guardó en un cajón, y probablemente el mismo nunca volvería a ver la luz del día.

Sin embargo, ella había regresado, estaba disponible, y francamente, se le arrojaba encima. Si él quería, estaba seguro que podrían tener una aventura. Por los viejos tiempos, tal vez. Pero Harry no estaba seguro de querer hacerlo.

Él supuso que habría mucho tiempo para resolverlo, ya que Henrietta estaba en el círculo de los Fincham, y asistiría a las mismas funciones festivas, incluso a todas.

Al examinar el salón para darse un momento de orden, en esos pensamientos desenfrenados, vio un movimiento, en un rincón oscuro, junto a una maceta de gran tamaño. Era la cuñada de Alex. ¡Esa mujer tan extraña! Incluso cuando él le había dado la espalda, ella salió corriendo, y no la había vuelto a ver desde entonces.

Ni un solo baile. Ni siquiera una sola conversación con nadie, por lo que él podía saber. La observó, frunciendo un poco el ceño, mientras ella pasaba corriendo junto a dos de sus clientes, con la cabeza gacha y los hombros caídos. La vio, mientras ambos le lanzaban miradas lascivas, y frunció el ceño, cuando uno de ellos hizo lo que seguramente era un comentario grosero, basado en una mirada indecorosa, que le lanzó a ella, y los dos estallaron en risas inadecuadas.

Él se dio cuenta que la estaban buscando o acosando porque los hombros de ella se tensaron y su rostro palideció. De repente, Harry sintió la necesidad de defenderla o, al menos, vigilarla. Le entregó su copa a un sirviente, que pasaba, y se disculpó rápidamente con Henrietta y su grupo de admiradores, antes de dirigirse hacia Jane Darington, asegurándose que los canallas, quienes habían estado hablando de ella, captaran su ceño fruncido, mientras él avanzaba.

Harry sabía que la dama era tímida. Tal vez era más recatada de lo que hubiera preferido, aunque hablar con ella le parecía una tarea monumental. Pero se compadecía de ella. Ese desgraciado de St. Clare la había lastimado mucho, y no parecía que hubiera encontrado a nadie más, después de él. En cualquier caso, según Alex, ella no siempre había sido tan seria.

Pero, aunque ella fuera difícil, él sentía la necesidad de comprobar que esos hombres

idiotas no le habían hecho daño. Y, en verdad, era una excusa para darse un respiro de Henrietta, y tratar de aclarar su confusión sobre ella.

No tardó mucho en alcanzar a Jane Daringtón y se puso a un lado con suavidad. Inmediatamente, ella se detuvo, y lo miró a los ojos con su enorme y oscura mirada. A él se le cortó un poco la respiración al verla. Realmente, tenía unos ojos preciosos.

Preparándose para lo que seguramente sería un asunto tedioso, Harry abrió la boca para decir algo, pero la dama se le adelantó.

—Señor Sampson —dijo ella, con una voz más firme de lo que la había oído hasta el momento—. Justo el hombre que estaba buscando. Creo... creo que necesito tu ayuda.

Capítulo cuatro

Jane retorció la tela de su servilleta, en su regazo, manteniendo sus manos ocultas para que Olivia no notara su acción nerviosa.

La noche anterior había estado segura que acercarse al señor Sampson y pedirle que le enseñara a divertirse era una gran idea. No obstante, a la dura luz del día, ella tenía dudas… Grandes dudas… Al despertarse, ella se arrepintió. Él debía pensar que ella era patética, o loca, tal vez ambas cosas. Y probablemente tenía razón.

¿Qué mujer de veinticuatro años necesitaba lecciones sobre cómo comportarse en medio de multitudes? ¿Necesitaba que le enseñaran a no esconderse en rincones, con la esperanza que no la notaran, todo el día, y toda la noche?

—No estás muy tranquila Jane… ¿Todo está bien?

Jane miró a su hermana y esbozó una frágil sonrisa en su rostro.

—Todo está bien —dijo alegremente—. Supongo que estoy cansada, después de la pequeña y tranquila reunión de anoche —bromeó.

Livy simplemente se encogió de hombros.

—Supongo que había un poco más de gente allí —replicó, riéndose—. Pero no tenemos que hacerlo de nuevo, si esto te molestó.

Una vez más, esa desagradable mezcla de culpa y vergüenza se arremolinó en el interior de Jane, y fortaleció su determinación. Por eso había intentado cambiar, para que su hermana no tuviera que seguir andando con pies de plomo, a su alrededor, preocupándose y tratándola con guantes de seda.

—No me molestó —mintió—. En realidad, lo pasé muy bien.

—¿Así fue? No te vi bailar ni nada. —Olivia frunció el ceño, confundida.

—¡Oh! Bueno, no, no bailé, pero... ah... bueno, conocí gente nueva y... —Se quedó en silencio sin saber muy bien qué decir.

Ni siquiera estaba segura, si el señor Sampson la ayudaría o la ignoraría. Apenas segundos después que ella soltó su extraña petición, ambos fueron interrumpidos nuevamente por la hermosa rubia, Lady Glenmore, a quien vio, pero no tuvo la oportunidad de conocerla más detalladamente.

El resto de la velada la había pasado, en la sombra, rechazando cortésmente las pocas peticiones, que había recibido para bailar. Cuando decidió que era un momento aceptable para marcharse, se había escabullido en silencio, sabiendo que esto no le importaría a Olivia.

Su hermana todavía la miraba con el ceño fruncido, pero antes que Jane pudiera pensar en algo más que decir para tranquilizarla, la puerta del salón se abrió de golpe. Alex y el señor Sampson entraron.

—Mira a quién encontré rondando por ahí como un perro callejero, esperando a que lo alimenten —dijo Alex, mientras se acercaba a su esposa para darle un beso vergonzosamente apasionado, en los labios.

—En realidad, vine por la exquisita compañía —expresó Sampson con sus ojos azules brillantes—. No por tu miserable rostro, por supuesto —añadió.

Olivia puso los ojos en blanco, mientras los caballeros llenaban sus platos y las acompañaban, en la mesa.

—Es maravilloso verte, señor Sampson —dijo ella con una sonrisa—. Eres bienvenido,

cuando quieras.

—Eres muy amable, milady —replicó el señor Sampson, asintiendo con la cabeza—. Nunca entenderé por qué te has visto obligada a cargar con alguien como Fincham.

—Por favor, llámame Olivia o Livy —insistió Olivia, amablemente—. Y en cuanto a casarme bien con él, supongo que le debía algo, ya que prendí fuego a su salón.

Incluso Jane se rió, ante la expresión de absoluta sorpresa en el rostro del señor Sampson.

—No te preocupes —dijo Olivia, mostrando la viva imagen de la inocencia—. Fue una venganza por las cosas horribles que me hizo.

—¿Cómo qué? —preguntó Alex.

—Como pegar mi taza de té.

—Eso es porque me arrojaste bolas de nieve con piedras a la cabeza.

—¡Eso es porque pusiste ranas en mi cama!

El señor Sampson miraba fijamente a Olivia y a Alexander, con la mandíbula prácticamente en el suelo, y dado que ambos lo ignoraban, en favor de fruncir el ceño el uno a la otra, Jane sintió que sería prudente intervenir y explicar las cosas:

—No se llevaban muy bien, cuando eran más jóvenes, señor Sampson —habló con tono sereno—. De hecho, eran como generales en guerra hasta que se enamoraron.

Olivia se puso de pie de un salto y se dispuso a salir del salón, pero cuando pasó junto a la silla de Alex, él extendió la mano, y la agarró por la cintura, sentándola fácilmente en su regazo.

—Afortunadamente, ella recobró el sentido común y se enamoró de mí —le dijo a Sampson—. Así que no tuve que ocultarle lo mucho que la adoraba tras varias discusiones.

Jane ocultó su sonrisa, detrás de su taza, mientras Alex ejercía su encanto sobre Olivia y ella se derretía contra él, sonrojándose, ya que él le susurraba algo, que seguramente era escandalosamente inapropiado, en su oído.

—Parece que es un buen momento para despedirme —expresó el señor Sampson con ironía, antes de voltear hacia Jane—. Señorita Darington, ¿me concederás el honor de acompañarme a dar un paseo por la Serpentine? Te verás particularmente hermosa con la nieve.

Jane lo miró confundida. La gente no solía pasear por el parque, en pleno diciembre, tan temprano por la mañana, si es que lo hacía. Pero entonces vio un sutil guiño, y se dio cuenta que eso debía estar relacionado con su pedido de la noche anterior. Sintió una punzada de ansiedad, y casi deseó retractarse de todo lo que había hecho.

Entonces, ella miró hacia la cabecera de la mesa, donde Alex jugaba con un mechón de pelo de Olivia, mientras la miraba con tanto amor y adoración. Jane no esperaba eso para ella misma. Pero tampoco tenía por qué sentarse allí, incómodamente en el borde.

Con un repentino arranque de valentía, ella le hizo un gesto con la cabeza al apuesto abogado.

—Iré a buscar mi capa —dijo rápidamente y salió volando del salón.

***

Harry sonrió con tristeza, mientras ponía los ojos en blanco, ante su amigo, quien finalmente había dejado a su ruborizada esposa fuera de su alcance. Aunque sabía que Alex había cambiado, tanto por sus cartas como por el hecho que le había ordenado a Harry que tomara medidas para ayudar a Olivia y a sus futuros descendientes, tan pronto como se secara la tinta en la licencia de matrimonio, fue algo increíble ver todo esto con sus propios ojos.

Alex adoraba a la pequeña morena ardiente y, por la forma en que ella lo miraba a él con

adoración y devoción, el sentimiento era mutuo.

Ninguno de los dos parecía haber notado que Jane Darington se alejaba. Él observaba la puerta, sin dejar de darle vueltas en la cabeza, a ese críptico comentario de la noche anterior. Henrietta los había interrumpido, antes que pudiera preguntarle a Jane sobre esa inusual solicitud, por lo que sintió un destello de irritación hacia la mujer con la que creía que debió haberse casado, justo cuando Jane bajó la mirada y se escabulló.

Se había dado cuenta, cuando Jane salió del salón de baile y desde entonces no había podido dejar de pensar en que podría necesitar de su ayuda. Y aunque sabía que era demasiado temprano para reunirse con ella, apareció en la puerta de Alex prácticamente al amanecer.

Harry se puso de pie, mientras la señorita Darington se apresuraba a regresar al salón con una gruesa capa de invierno, ya abrochada sobre los hombros. Ella se veía hermosa, él lo notó, mientras la recorría con la mirada. Sus rizos negros estaban cubiertos por un gorro azul marino y las ramitas de bayas de acebo combinaban con el rojo de su capa. El rojo le sentaba bien, aunque no era un color que él normalmente asociaría con una cosita tan tímida.

—Jane, ¿a dónde vas? —preguntó la condesa desde su asiento y la señorita Darington le lanzó una mirada irónica, antes de dirigirse a su hermana.

—El señor Sampson y yo vamos a dar un paseo, algo que ya sabrías, si no te hubieras comportado de forma tan vergonzosa con esos huevos —respondió ella, riéndose.

La condesa se encogió de hombros, impresionantemente despreocupada. Y Alex simplemente parecía satisfecho.

—Bueno, disfruten —dijo Olivia, mirando a su hermana como si quisiera transmitirle un mensaje sin palabras—. Es maravilloso que vayan a dar un paseo por el parque.

Harry parpadeó confundido. Era solo un paseo. Seguramente, no justificaba la gentil seriedad en el rostro de la condesa. Miró a Alex, en busca de una pista, pero él ya estaba leyendo los periódicos, ajeno a cualquier tono de voz.

Decidiendo que la única forma de obtener respuestas era haciendo preguntas, él se apresuró a sacar a la señorita Darington de la casa, y a subirla a su carruaje, estacionado afuera.

—Tengo muchas mantas —confirmó, mientras la ayudaba a subir al vehículo—. Y un ladrillo para calentarse. Pensé que tal vez preferirías hablar en privado. Sobre... bueno, sobre lo que sea que necesitas de mi ayuda.

Ella no reaccionó más allá de un murmullo de gracias y un rubor apropiado, y mientras conducían la corta distancia hasta Hyde Park, Harry se encontró devanándose los sesos para pensar qué podría ser lo que ella necesitaba de él.

No había forma que ella tuviera problemas con la ley y no era probable que necesitara ayuda con las finanzas, ya que, según Alex, en realidad, Jane no era una mujer con riqueza. Sus pensamientos siguieron y siguieron, cada uno era más absurdo que el anterior, hasta que finalmente llegaron a las puertas de Hyde Park, y se detuvo el concierto de sus pensamientos.

A esa hora de la mañana, el parque estaba tranquilo. Aparte de algunas niñeras y sus niños, a su cargo, y uno o dos caballeros, que volvían a casa, tambaleándose, desde el lugar infernal que habían frecuentado la noche anterior, tenían el parque para ellos solos.

Harry saltó del asiento del conductor y se apresuró a ayudar a la señorita Darington a bajar del carruaje. Había empezado a nevar, lo que hacía que el escalón estuviera resbaladizo, así que, en lugar de arriesgarse, a que se resbalara y cayera, simplemente, extendió su mano y la abrazó por la cintura. Ella jadeó, al sentir ese contacto íntimo, y él percibió un pequeño resoplido, en su cuello, cuando la bajó y la puso de pie. Para su sorpresa, algo se agitó en su interior y la soltó, apartando las manos y retrocediendo. Ese era un camino por el que

definitivamente no podía transitar.

—G-gracias —murmuró ella.

Hubo un momento de silencio incómodo, que él no supo cómo romper.

—Entonces, ¿necesitas mi ayuda, señorita Daringtón? Espero que sepas, que me esforzaré por hacer todo lo que esté a mi alcance para ayudarte con lo que necesites.

—Me alegra oírlo —replicó ella con la mirada fija en la nieve que estaba a sus pies. Pero luego suspiró y lo miró fijamente—. Porque necesito que me enseñes a disfrutar…

Capítulo cinco

Jane pudo ver la sorpresa y la confusión en los ojos del señor Sampson.

—¡Ah! —dijo él, asintiendo, como si hubiera entendido. Pero luego frunció el ceño—. ¿Qué?

Ella no pudo evitar reírse, ante su desconcierto.

—Tal vez deberíamos caminar —respondió Jane—. Y trataré de explicarme un poco mejor.

Él la miró a la cara, por un momento, antes de asentir y ofrecerle el brazo. Jane lo aceptó con un suspiro de alivio. Preferiría caminar a su lado, que tenerlo mirándola a la cara, mientras intentaba explicarle lo patética que era.

La hierba cubierta de escarcha crujió bajo sus pies, antes de llegar al camino de grava, que los llevaría a Serpentine, y ella aprovechó el momento de tranquilidad para ordenar sus pensamientos, y decidir la mejor manera de abordar esta situación.

Finalmente, Jane decidió que la honestidad era probablemente la mejor política. Sería vergonzoso exponerle sus fracasos, pero por alguna extraña razón, ella descubrió que confiaba en que él no sería cruel.

—Supongo que ya sabes lo que pasó entre el señor St. Clare y yo. —Alex le había dicho, en aquel momento, que un amigo y él se estaban “ocupando de ello”. Jane supuso acertadamente que ese amigo era el señor Sampson.

En su defensa, él se limitó a asentir.

—Sí, lo sé —dijo con los ojos oscurecidos por la ira—. Y te aseguro que ese hombre nunca volverá a molestarte.

Jane le sonrió y le dio las gracias, preguntándose qué habrían hecho Alex y él para estar tan seguros de eso. Pero luego decidió que no quería saberlo. Elliot St. Clare casi le causó un daño irreparable, aunque finalmente no lo logró, y la única forma en que podía lidiar con el horror de esa noche era guardándolo en una caja, en su mente, y manteniendo la tapa bien cerrada.

Entonces, ellos pasaron por la entrada de Scandal Lane, y Jane no pudo contener un estremecimiento involuntario.

Sintió la mirada del señor Sampson sobre ella y decidió que, dado que la honestidad era la clave, hoy en día, podría darle una versión condensada de los hechos.

—¿Conoces Scandal Lane? —preguntó ella con las mejillas encendidas.

Sus ojos se dirigieron rápidamente hacia la entrada de la famosa callejuela, que debía su nombre a la gente poco agradable, que frecuentaba el lugar para ocuparse de sus malas inclinaciones. No se trataba solo de damas de la noche y hombres de moral relajada. Ella había oído historias de duelos, ataques, incluso de asesinatos. Este no era el lugar apropiado para una dama. Y fue allí donde casi había encontrado la muerte.

Jane no había oído hablar de este sitio hasta que conoció a Elliot St. Clare. Hasta que él intentó obligarla a bajar allí… Hasta que trató de arruinarla de la peor manera posible... A veces, ella tenía pesadillas sobre esa noche y se despertaba con el corazón palpitando fuertemente, sintiendo todavía esas manos desgarrando sus faldas, y esa boca, negándose a soltar la de ella e impidiéndole gritar.

—Lo conozco —dijo él, en voz baja—. Aunque no por ningún motivo nefasto, se lo

aseguro.

Ella sonrió débilmente, tratando de no hundirse en recuerdos dolorosos.

—Me familiaricé con él, cuando el señor St. Clare... —Se quedó en silencio, sin saber cómo expresarlo con palabras—. Bueno, digamos que tuve suerte de escapar.

Jane sintió que el brazo bajo su mano se ponía rígido, percibiendo la furia repentina que emanaba de él.

—Como te dije, St. Clare nunca volverá a molestarte.

Él la miró fijamente y, aunque su tono era tan oscuro y lleno de ira fría, que ella se estremeció, sus ojos eran suaves y comprensivos. Sin embargo, ella no quería su compasión. Tampoco deseaba su ira. ¡Quería su ayuda!

—Hace mucho tiempo... Ya esto pasó al olvido y se acabó… —dijo ella, complacida por la firmeza de su voz, por lo creíble que sonaba—. Pero bueno, desde entonces casi…

No obstante, Jane se encogió de hombros con impotencia, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

—Casi que he dejado de existir —dijo ella finalmente, pero a juzgar por la expresión de confusión, en el rostro del señor Sampson, no lo había hecho muy bien—. Me encantaban las fiestas de Alex… —explicó—. Cuando lo perdimos todo, las fiestas de Alex eran mi único respiro de lo horrible que se había vuelto todo. Eran decadentes, gratuitas y divertidas. Todo lo que ya no teníamos. Y yo apreciaba todo eso. Pero luego, con Elliot St. Clare… —Ella hizo una pausa y suspiró, sintiéndolo en lo más profundo de su alma.

—Pensé que él me amaba —murmuró—. Pensé que quería casarse conmigo, y salvarme de una vida de pobreza y miseria.

En ese momento, Jane se arriesgó a mirar al hombre, que estaba a su lado, pero su rostro era estoico e impasible. Y se preguntó a sí misma por qué le estaba contando esto. ¿Por qué le importaría una mujer indefensa, que no parecía poder cuidar de sí misma? Prácticamente, ella era una extraña para Harry… Y él podría estar con Lady Glenmore, o con otra persona igualmente encantadora o divertida, en este instante. En cambio, Harry estaba escuchando una historia sentimental, en medio de un parque helado.

Aunque ya le había contado lo peor, así que: ¿por qué no terminar lo que había empezado? Si iba a intentar disfrutar de esta temporada navideña, relajarse y tratar de encontrar diversión, por el bien de Olivia, al menos, entonces, tendría que superar su vergüenza.

—De todos modos, obviamente, nada de eso pasó y estoy contenta de haberme librado de él, ¡cierto! —Esta era la parte difícil—. Pero me escondí tanto tiempo, estaba tan avergonzada, tan asustada de estar cerca de hombres así, otra vez, que accidentalmente me convertí en una tímida.

Esto lo confesó al suelo bajo sus pies porque simplemente no podía soportar mirarlo a la cara. Él resopló, y ella vio que el aire helado, frente a ellos, se nublaba.

—No me importa —continuó Jane—, puedo vivir con los comentarios y las risas, e incluso la compasión, supongo. Pero no puedo vivir con la idea de lastimar a mi hermana.

Finalmente, llegaron al camino que rodeaba Serpentine, cuando Jane lo detuvo, y giró para mirar al señor Sampson, esperando que él viera la sinceridad en su rostro.

—Olivia se encerraría por mí, si yo quisiera. ¡Y no quiero que lo haga! Alex y ella han hecho mucho por mí. Pero creo que es hora que me valga por mí misma. Es hora que deje de actuar, como su pobre hermana solterona que necesita que la cuiden. —Se rió para disimular la vergüenza, que le producía ser tan dolorosamente honesta consigo misma—. Alex ha hablado de lo aventurero que eres… De lo divertido que eres… Y pensé que tal vez si pasas mucho tiempo

con nosotros de todos modos podrías... —Tuvo que aclararse la garganta para evitar un repentino nudo de vergüenza—. Podrías acceder a mostrarme cómo relajarme y disfrutar de las cosas.

Siendo incapaz de sostener su mirada por más tiempo, ella bajó la vista hacia sus pies. Él permaneció en silencio durante un largo rato, por lo que Jane temió que él diera la vuelta y se fuera. Así que cuando una mano se estiró y levantó su barbilla, esta sorpresa hizo que su corazón latiera con fuerza. Solo era una sorpresa y nada más. Ella estaba segura de eso.

Esos intensos ojos de color cobalto se clavaron en los de ella, de una manera tan fuerte, que Jane pensó que él podría ver a través de su alma.

—¿Necesitas ayuda para relajarte y divertirte? —preguntó él—. ¿Por qué?

No parecía que estuviera bromeando, así que Jane le dio una respuesta sincera:

—Porque tengo miedo de no recordar cómo hacerlo…

***

En cuanto a esta solicitud, la misma fue una de las más inocentes y desgarradoras que jamás Harry había recibido de parte de alguien...

Es cierto que la mayoría de sus clientes eran caballeros adinerados, y en particular nobles del reino. Las mujeres con las que trataba eran viudas o amantes, a las que había que pagar y despedir, cuando su existencia se convertía en un problema.

Nunca había estado en una situación como esta. Esa vulnerabilidad de Jane le tocó una fibra sensible. Su ira por cómo la habían tratado, no solo ese bastardo de St. Clare, sino toda la maldita alta sociedad después, le hizo doler la mandíbula. Jane no se lo merecía. Y ahora ella estaba así, preocupándose más por su hermana que por sí misma.

Miró fijamente esos ojos de cierva y se preguntó qué diablos les pasaba a los hombres de Londres. Janea era hermosa, elegante y claramente de buen corazón. ¿Cómo era posible que nadie la hubiera conquistado?

Pero luego repasó lo que ella le había dicho. Jane no se había dejado atrapar por nadie. Se había escondido. Era una *alhelí* porque se había convertido en una, no porque no la quisieran. ¡Cielos! Acaso, no se podría conseguir al menos, en todo el país, un solo hombre que la amara, ¿o no?

Al darse cuenta que todavía tenía esa piel sedosa en su mano, le bajó la barbilla y dio un paso atrás, lo cual era muy necesario. Aunque su vulnerabilidad lo conmovía, también le inquietaba. Habiendo pasado toda su infancia y gran parte de su adultez, cuidando de una madre, que era delicada, realmente no quería una complicación como esa, en su vida.

Además, nadie se sorprendió de cómo él vivía su vida al máximo con una filosofía de no preocuparse. Más aún, nadie se dio cuenta que había pasado sus años de formación, soportando el peso de las emociones y la impotencia de su madre.

Por eso Henrietta le había atraído tanto. Era una mujer de carácter fuerte, mimada, aunque muy segura de sí misma. Nunca necesitaría que la consolaran ni que la trataran con cuidado. Tampoco le pediría que él se quedara, despierto toda la noche, escuchándola llorar o lamentando su suerte en la vida. Igualmente, no sería necesario contratar un ejército de sirvientes, solo para asegurarse que nunca la dejaran sola ni por un momento. Ella no lo molestaría para nada, pero también le había roto el corazón.

Harry suspiró y se pellizcó el puente de la nariz. No sabía exactamente qué estaba solicitando Jane Darington. Sabía que no podía ser nada que su mente perversa hubiera imaginado, por una fracción de segundo, cuando ella había hablado sin aliento que quería pasarlo bien. Más bien, él era un canalla por siquiera pensarlo o imaginarlo.

Ella era la cuñada de Alex, por lo que él estaría obligado a ayudarla, en todo lo que pudiera, sin importar sus complejos sentimientos.

Mientras la observaba, su barbilla se inclinó hacia arriba, una acción tan infinitesimal, que casi no la notó. Pero algo en su interior se alivió. Ella podía ser una paria social, autoimpuesta, pero no era tan delicada ni indefensa, como para que él tuviera que dedicar toda su vida a ayudarla, o a curarla. Además, solo estaría allí dos semanas. Tal vez tres. ¿Qué podría pasar realmente en dos o tres semanas?

Decidiendo que ya tenía una complicación con una mujer, en su vida, y que no necesitaba otra, esbozó su sonrisa más encantadora y despreocupada.

—Muy bien, señorita Darington. Vamos a ofrecerte una Navidad llena de diversión absoluta.

Capítulo seis

—Como aparentemente soy el experto en este caso, creo que debo decirte que una lista no parece algo muy espontáneo.

Jane sintió que sus labios se contraían, aunque intentó mantener su rostro serio, mientras le entregaba su lista a él. Con un dramático movimiento de ojos, Harry tomó el pergamino de su mano y lo recorrió con la mirada. Ella observó ese rostro con atención, mientras su corazón le martilleaba el pecho.

Sin embargo, con respecto al último punto, Jane no estaba segura si debió haberlo incluido allí. De hecho, la noche anterior, cuando debería haber estado durmiendo, había pasado horas escribiendo y reescribiendo su lista. A veces lo incluía, y otras veces no.

Al final, decidió que debía darle una oportunidad a ese experimento de valentía, así que lo garabateó con su pluma y luego se fue a dormir. Y en el transcurso de la noche y la madrugada, ella se levantó de la cama, varias veces, lo garabateó, lo tachó y lo reescribió, como doce veces, antes de quedarse sin tinta.

Al final, lo dejó así y decidió que, cuando llegara el momento, podría justificarlo o explicarle que ella no era una descarada desvergonzada, quien intentaba seducirlo. No obstante, ahora había llegado el momento de dar las explicaciones, y se le cerró la garganta por completo.

Sin decir palabra, Harry levantó la mirada para verla bien con sus ojos. Y por un breve instante, en los mismos había algo más que el habitual brillo relajado y encantador. Jane percibió algo oscuro, que le llegó directamente al alma, y sintió que su respiración se entrecortaba por sí sola, en respuesta a ello.

—No... —Ni siquiera sabía cómo empezar a explicarse, pero cualquier cosa era mejor que el repentino y agonizante silencio. Así que, resoplando, decidió que esa nueva honestidad suya tendría que ser más reveladora—. No espero que te ocupes personalmente de todo lo que hay en la lista. Quiero decir, no estoy... es decir, esto no es un intento de... de...

¡Oh, esto fue insoportable! ¡Peor que tener que pedir ayuda para poder vivir!

—No quiero que me beses —soltó Jane. Él arqueó las cejas sorprendido y ella se dio cuenta que probablemente lo había insultado, algo que no quería hacer en absoluto—. No es que tengas nada malo —continuó, sabiendo que sus mejillas debían estar definitivamente sonrojadas —, eres muy guapo y... y estoy segura que tienes mucho... talento en esa área.

Ella se arriesgó a echarle una rápida mirada a la cara, a tiempo de ver que sus labios se curvaban hacia arriba.

—Pero no me gustaría que pensaras que te estoy haciendo alguna proposición, señor Sampson. Realmente eres muy amable al ayudarme, y nunca quisiera aprovecharme de ti, de esto…

Esta vez, una risa profunda retumbó en el pecho de Harry, y la vergüenza de Jane dio paso a una ira feroz e inesperada.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó ella, volviendo a mirarlo a la cara. Su sonrisa era hermosa y sus ojos brillaban divertidos. Todos los rastros de esa otra emoción más oscura habían desaparecido por completo.

—Sí, es así —dijo él con tanta naturalidad, que ella se quedó atónita por un momento. Era una mala acción reírse de su persona, cuando él debía saber lo vergonzoso que esto era para ella. Jane extendió la mano para arrebatarle el papel, pero él simplemente lo sostuvo sobre su

cabeza. Y como era mucho más alto que ella, no podría agarrarlo sin saltar, en el aire, y tratar de arrebatárselo de la mano. En ese momento, Jane estaba muy segura que no lo alcanzaría.

Ella dejó escapar un sonido estrangulado de fastidio, sorprendiéndose a sí misma y, por lo que parecía, a él también. No estaba segura de cuándo fue la última vez que reaccionó, ante alguien, con una sonrisa insulsa.

—Es curioso —explicó él, bajando la lista, cuando quedó claro que ella no iba a intentar volver a atraparla—. Que pienses que puedes aprovecharte de mí. —Ella parpadeó, sintiéndose ligeramente apaciguada. Pero entonces él volvió a hablar y el corazón de ella casi se le salió del pecho—. O que yo tendría un problema con eso…

Esa boca de Jane se abrió de golpe y ella se sintió absolutamente atrapada, en sus ojos. Esa pequeña sonrisa jugaba, en su boca, causando estragos en sus entrañas. Ella se dio cuenta que quizás esto no había sido una buena idea. Si él era capaz de ponerla nerviosa con un solo comentario vagamente coqueto, entonces, ¿cómo sobreviviría semanas con él?

Afortunadamente, él dejó de mirarla y volvió a enfocarse en la lista, y ella al menos pudo tomar algo de aire para llevarlo a sus pulmones.

—Veamos —dijo él, recorriendo el lugar con la mirada una vez más—. Patinaje sobre hielo. Eso es fácil de hacer… Jugar al faro... ¿Quieres apostar, señorita Darington? ¡Ay, qué atrevida! —Esta vez, su broma fue suave y no hizo que ese corazón femenino se detuviera en seco, así que ella respondió con una sonrisa vacilante. Él continuó—, tiro con arco… Croquet… ¿Quieres probar el brandy?

—Solo una vez —aclaró ella, apresuradamente—. Olivia lo bebe a veces con Alex. Y aunque me parece horrible, pensé que podría probarlo.

Él sacudió la cabeza ligeramente, sonriendo levemente.

—Bailar —dijo con dulzura—. ¿Qué? ¿Por qué le pusiste un signo de interrogación?

—Yo… —Ella se retorció las manos, sin duda arruinando sus guantes—. Aún no estoy segura… Si quiero hacerlo.

Él no la presionó para que le diera más información, pero tampoco siguió adelante. Se quedó allí esperando pacientemente.

—El señor St. Clare siempre me hacía bailar el vals con él —murmuró ella, incómoda—. Me dijo que estábamos practicando para nuestro baile de boda. Y después de todo lo que pasó, simplemente… ya no tengo muchas ganas de bailar.

Ella esperaba que él la bombardeara con preguntas, o que incluso se enojara de nuevo. Pero después de un momento de tenso silencio, Harry suspiró y centró su atención en el último punto de la lista. Allí estaba… Escrito, tachado y vuelto a escribir con el papel manchado por la cantidad exagerada de tinta, que había desperdiciado en sus garabatos.

Como él capturó su mirada una vez más, ella necesitó todo el coraje para igualarla.

—¿Quieres que te bese?

***

El aire frío a su alrededor pareció calmarse, y aunque ella ya le había dicho que no tenía intención de aprovecharse de él, Harry no pudo evitar que su mirada cayera a sus labios.

Ambos podrían besarse, deliciosamente, lo cual era un problema. Porque, si bien él caminaría sobre brasas ardientes para ofrecerse como voluntario para ese punto en particular de su lista, ella era pariente de Alex y eso la dejaba fuera de sus límites. Después de solo un par de horas de esta extraña reunión, él estaba empezando a ver que esto iba a ser difícil.

Esto era una mezcla intrigante de impotencia y fuerza profundamente oculta, de reserva

propia de una dama con un toque de terquedad. No era obvio, pero eso estaba ahí.

—¿Por qué quieres que te bese? —preguntó él, aunque sabía que debía alejarlos de ese tema lo más rápido posible.

Ahí estaba esa barbilla. Una pequeña inclinación. Lo suficiente para hacerle preguntarse si esto era una buena idea. Él se estaba preguntando si debería visitar a Henrietta y probar algo, que seguro que no debería estar sintiendo, en medio de Hyde Park, con esta mujer inocente e intacta.

—Porque la única vez que me han besado fue cuando Elliot St. Clare me atacó, y no quiero que esa sea mi única experiencia.

Todo el cuerpo de Harry ardió en llamas de furia.

"¡Infierno! ¡Maldición!"

En ese instante, Harry supo que estaba en problemas. O que los tendría, si no se mantenía alerta. Por alguna razón inexplicable y aterradora, pensó en el regalo de su abuela. Pero lo apartó decidido a no volver a pensar en eso. Casi había cometido el error de entregarlo, una vez y, además, Jane Darington no quería una relación con él. Y él tampoco la quería a ella. Por supuesto que no.

El silencio entre ellos casi crujió, y Harry sintió la repentina necesidad de alejarse de ella, de esa barbilla inclinada y de esos labios carnosos y rojos.

—Creo que debería llevarte de vuelta a casa, antes que te conviertas en una escultura de hielo —expresó él, manteniendo deliberadamente un tono ligero, y evitando abordar su ira, repentina e hirviente, ante su inoportuna e ilógica actitud protectora y su desesperado deseo de aprovecharse de ella—. ¿Cómo podremos empezar con tu lista, si no te descongelo un poco?

Para su alivio, ella sonrió. Era una pequeña sonrisa, apenas un atisbo de expresión, pero estaba allí. No le gustaba cómo sus ojos se habían oscurecido con el recuerdo del dolor y el miedo. Y pensó que sería mejor animarla, antes de ir a buscar a Elliot St. Clare, y terminar lo que había empezado, cuando se deshizo del asqueroso roedor.

De repente, él pensó que ponerle el ojo en negro, y luego pagar para deshacerse de él no parecía ser suficiente.

Él le tendió un brazo y esperó a que ella le pusiera la mano encima, antes de guiarla de vuelta hacia el carruaje. Llevaban allí tanto tiempo que el parque empezaba a llenarse. Mantuvo la conversación ligera y superficial, mientras se dirigían a la entrada, donde él había aparcado el vehículo. Y, afortunadamente, ella parecía mucho más dispuesta, que la noche anterior.

Se dio cuenta que ella era una compañera entretenida, cuando quería. Ingeniosa y con un sentido del humor perverso, y él se encontró disfrutando muchísimo con esos relatos de las observaciones, que ella había hecho sobre sus colegas y clientes, cuando se había escondido en la periferia de sus vidas. Cuanto más hablaban, ella se volvía más animada, y, cuando finalmente llegaron a proclamar un concierto de palabras, él se dio cuenta que esa era la verdadera Jane. La verdadera mujer que había sido, antes de su desamor.

Y ella se lo estaba dejando ver porque había elegido confiar en él. Pero apenas la conocía desde hacía un par de días, ¿por qué eso lo hacía sentir tan bien?

Regresaron a la mansión de Alex en Mayfair, en un silencio amistoso, intercalado solo por el saludo ocasional de alguno de sus conocidos. Jane observó que algunos la ignoraban. Pero eso solo hacía que sus sonrisas y la charla fueran aún más preciosas.

Cuando finalmente, él detuvo los caballos frente a la mansión de estuco blanco, estaba listo para ahogar su confusión, en una botella de brandy o en Henrietta. Todavía no sabía qué quería. Tal vez necesitaba a ambos.

Capítulo siete

—¿No puedes fingir que estás enferma? ¿Quizás un tobillo torcido?

—No deberías haber aceptado ir. —Jane se rió, al ver la cara de enfado de Olivia.

—Sí, bueno, no sabía que ibas a cambiar de opinión por completo en veinticuatro horas, Jane —replicó Olivia con el ceño fruncido—. Pensé que no te haría ningún daño rechazar la tonta velada musical de Lady Fletcher porque no querías ir a ningún compromiso social, así que me ayudarías con una excusa.

Jane suspiró en su copa de vino, mirando a Alex en busca de ayuda, pero él simplemente le guiñó un ojo, antes de inclinarse para darle un beso en la cabeza a Livy.

—Cariño, ¿no dijiste que querías que Jane comenzara a disfrutar más? —le dijo a su enfurruñada esposa.

—Por supuesto que sí —insistió Livy—. Y estoy fuera de mí porque ha cambiado de opinión sobre participar en actividades sociales. Pero, ¿el musical de Fletcher? Nos aburriríamos hasta la muerte en cuestión de minutos. Por eso me confunde que no se tire por unas escaleras o algo así. —Volteó para mirar a Jane con enojo—. No es lo suficiente para una lesión grave —le aseguró como si le estuviera otorgando un gran favor—. Pero un par de moretones, para que sea creíble. De esa manera, si la odiosa Lady Fletcher viene a investigar, tendríamos pruebas.

—Si necesitas una excusa con tanta urgencia, ¿por qué no te tiras por las escaleras? —preguntó Jane, un poco molesta porque su hermana pensó que algunos moretones y un tobillo torcido eran un trato justo por no asistir al evento de la tarde.

Para su sorpresa, en lugar de responderle, Olivia giró la cara hacia Alex, que la miraba con tanto orgullo y ternura, que Jane sintió que se estaba perdiendo algo. Y entonces, la mano de Olivia cayó sobre su estómago.

Jane jadeó y saltó de su asiento.

—Olivia —gritó—. ¿Tú estás…?

—No podré hacerme daño a propósito durante los próximos nueve meses, aunque sea para proteger mis oídos de los maullidos de las hijas de Lady Fletcher… Sí, lo estoy —respondió Livy con una sonrisa, aunque sus ojos de repente se llenaron de lágrimas contenidas.

Y mientras Jane chillaba de alegría y se arrojaba, aunque con cuidado, a los brazos de su hermana, sus propias lágrimas corrían libremente por su rostro.

—Lo hare. —Ella sollozó, mientras se abrazaban, lloraban y reían, y Alex observaba con indulgencia—. Me arrojaré por todas las escaleras de la casa, si quieres.

—Me temo que eso podría obstaculizar mis planes para mañana, señorita Darington.

Al unísono, todos giraron hacia la puerta del comedor familiar y vieron al señor Sampson, sonriéndoles, aunque sus ojos parecían confundidos e incluso, Jane pensó con una punzada, preocupada, mientras el rostro de él recorría el suyo, manchado de lágrimas.

—¿Planes? —preguntó Alex con brusquedad—. ¿Cuáles planes?

Jane lo miró y vio que estaba observando al señor Sampson con atención, intensamente. Y de repente sintió la extraña necesidad de defenderlo.

—El señor Sampson accedió a enseñarme a patinar, Alex —dijo ella, poniéndose rápidamente de pie—. Yo nunca aprendí a patinar, cuando Olivia lo hizo. Y yo esperaba invitar a Livy, a que viniera con nosotros, pero, bueno... —Se quedó en silencio, sin saber cuándo querrían compartir sus noticias con alguien más que con ella.

Alex miró a Jane y al señor Sampson, una vez y luego dos veces, antes de asentir, como si hubiera resuelto un dilema interno.

—Pero mi esposa no estará fuera de mi vista el tiempo suficiente para patinar o cualquier otra cosa —optó por decir eso.

—No estoy hecha de cristal, mi amor. Solo estoy... —Olivia dejó escapar un suspiro de resignación.

—Solo estás esperando a mi hijo —interrumpió Alex—. Y hasta que él o ella esté aquí sano y salvo, te volveré loca con mis quejas.

El señor Sampson se rió. El sonido estaba tan lleno de alegría que a Jane se le oprimió el corazón.

—Felicidades, amigo mío —dijo él, extendiendo una mano para estrechar la de Alex y dándole una palmada en la espalda con la otra—. Y a ti, Livy. —Se inclinó y besó la mejilla de Olivia, luego levantó la mirada hacia Jane—. Y a ti, tía Jane —expresó suavemente, y Jane sintió una sacudida de placer que la atravesaba.

—Esto merece una celebración —continuó jovialmente, mientras se enderezaba—, ven, abre tu buen brandy, Fincham. Tenemos un nuevo señor o una nueva dama por quien brindar.

Los caballeros se disculparon para ir a tomar brandy y fumar puros. Jane, emocionada, tomó la mano de Olivia y la arrastró hacia el salón. Allí pasaron una hora, más o menos, haciendo planes y hablando de todo tipo de cosas relacionadas con el bebé. ¡Esto fue maravilloso! Pero desató un anhelo, dentro de ella, que creía haber dejado de lado. De niña, mientras que Olivia se había dedicado principalmente a planear la muerte de Alex, Jane había estado soñando con el matrimonio y la maternidad.

Nunca fue tan feroz como Olivia. Incluso jamás había deseado más que el amor de un buen hombre y tener una familia propia. Después de su humillación y su roce con algo tan siniestro, a manos de St. Clare, había aceptado el hecho que esos sueños ya no eran alcanzables. Aunque, en estos momentos, sabía que una pequeña parte de ella todavía se aferraba a ellos.

—Jane, ¿estás bien?

Jane miró hacia arriba y vio que los ojos castaños de Olivia se llenaban de preocupación, y se reprendió mentalmente. Ahora más que nunca necesitaba asegurarse que Olivia no sintiera la necesidad de preocuparse por ella.

—Claro que estoy bien —replicó alegremente—. Voy a ser tía.

La sonrisa de Livy estaba llena de alivio y fortaleció la determinación de Jane de cambiar su vida, y mostrarle a su hermana que estaba bien.

—Serás una tía maravillosa —confirmó Livy, agarrándole la mano—. Porque eres una hermana maravillosa.

A Jane se le hizo un nudo en la garganta, pero mantuvo la sonrisa.

—Espero que yo también sea una gran patinadora, o puede que no llegue a ver a mi sobrino o sobrina.

Y tal como esperaba, su declaración distrajo a Olivia de cualquier pregunta que fuera demasiado directa.

Cuando los caballeros se reunieron con ellas en el salón, Olivia ya estaba al tanto de todos los planes de Jane y de cada punto de su lista, excepto el último. Cuando el señor Sampson mencionó que solo había venido a despedirse, y que visitaría a Jane temprano por la mañana, le lanzó a Jane una mirada traviesa, antes de responderle.

—Intenta no matarla, Harry —manifestó Olivia con una sonrisa burlona—. Pero si puedes torcerle el tobillo, ¡eso sería maravilloso!

***

—Tu hermana es aterradora —le dijo Harry a Jane, a la mañana siguiente, a modo de saludo. Ella lucía hermosa con una capa de un verde bosque intenso. Él vio unas faldas de un blanco puro, mientras la ayudaba a subir a su carruaje.

Se había sentido culpable por haberla dejado afuera, en el frío, tanto tiempo ayer y había nevado durante la noche, formándose una manta gruesa, que cubría todo, excepto los caminos fangosos, en los que el carruaje era más cómodo para ella.

Ella le sonrió, sorprendiéndolo por la facilidad con la que sonreía ahora que confiaba en él.

—Sí, lo es —asintió ella, felizmente—. Aunque la mayoría de la gente no lo nota de inmediato.

—Bueno, es difícil no darse cuenta, cuando ella me pide que te lastime los tobillos —dijo Harry con ironía, golpeando el techo para hacer una señal al conductor. Avanzaron lentamente por la carretera casi vacía, solo unos pocos carruajes los pasaron, mientras avanzaban, y Jane le explicó por qué Olivia se había enfurruñado y parecía tan ansiosa para que Jane se lastimara.

—Ella dice que es mi culpa que esto tenga que ser verdadero porque soy una actriz terrible. —Jane se rió, encogiéndose de hombros.

—Me temo que no seré de mucha ayuda —le dijo Harry, en voz baja—. No creo que puedas obligarme a ver cómo te lastiman, incluso si eso significa que a las chicas Fletcher les sangren los oídos.

Ella frunció el ceño con falso desagrado y Harry se encontró sonriendo, como un idiota. Anoche, después de pasar la velada, poniéndose al día con conocidos en su club, no se encontró en la puerta de Henrietta, sino en la de Alex. Y se dijo a sí mismo que era porque no había pasado mucho tiempo con su amigo, en los últimos años, pero en el fondo, sabía que eso era una tontería. Ciertamente, esto había sido para poder volver a ver a Jane, oler ese aroma a fresas con crema, que parecía flotar a su alrededor, arrancarle algunas sonrisas e incluso una risa de esa boca.

Por supuesto, la maravillosa noticia de Alex lo distrajo. Había visto la alegría en el rostro de Jane, percibió su genuino deleite por su hermana y su cuñado. Pero también se dio cuenta de ese pequeño atisbo de nostalgia, por lo que no estaba seguro de cómo estaría su humor, esa mañana, y, durante el viaje. Por lo tanto, estaba preocupado que ella volviera a mostrarse sentimental y reservada, y se alterara. Así él tendría esa sensación de impotencia, que se había manifestado, cuando su madre se había mostrado demasiado emotiva y le había dicho que necesitaba mejorar.

Aunque Jane era alegre, jovial y conversadora y, por mucho que él se sintiera aliviado, descubrió que en realidad quería conocer sus verdaderos sentimientos. Quería saber si estaba molesta por la noticia de su hermana. ¡Diablos! Quería ofrecerle consuelo, si lo necesitaba, quedando sorprendido y confundido en igual medida.

—Puedes tenerlo, ¿sabes? —Él se encontró diciendo eso con dulzura—. Si lo quieres, puedes tener...

Ella lo miró con esos ojos grandes y color chocolate. ¡Maldita sea! A él se le encogió el corazón al mirarlos. Pero cuando Jane sonrió, a pesar que su sonrisa estaba teñida de tristeza, mantuvo un tono ligero.

—Lo que quiero es salir de aquí con vida —dijo ella con un brillo perverso—. O al menos cojeando.

Capítulo ocho

—Lo estás haciendo mucho mejor de lo que crees, señorita Darington —confirmó Harry alentadoramente, mientras Jane se tambaleaba como un cervatillo recién nacido. Él mentía, pero al menos estaba siendo amable.

A pesar de haber pasado toda la mañana en el lago helado, ella todavía no dominaba el patinaje, y estaba empezando a darse cuenta que esto no le importaba demasiado.

Hacía un frío glacial y había empezado a nevar de nuevo. Unos gruesos copos blancos se le enganchaban en las pestañas, y le congelaban la punta de la nariz.

Como era de esperar, ella tropezó, una vez más, y solo los fuertes brazos del señor Sampson, que se extendieron para atraparla, evitaron que cayera de bruces al hielo. Resoplando con fastidio, levantó la vista para darle las gracias, y se encontró atrapada en el intenso azul de sus ojos.

De pie tan cerca de él, podía sentir el calor de su cuerpo, incluso a través del grueso material de su abrigo. Su olor a roble y masculino asaltó sus fosas nasales y, por un momento de locura, sintió la tentación de inclinarse hacia arriba y presionar la nariz contra el músculo expuesto y tenso de su cuello.

Ella sintió que el rubor se apoderaba de sus mejillas, cuando él la miró de reojo y luego a los labios. Tal vez era su imaginación o una ilusión, pero Jane podría haber jurado que él se acercó un poco más, cerrando la brecha entre su boca y la de ella.

—Harry, cariño. ¡Aquí estás!

Una voz femenina resonó sobre el hielo. Jane apartó las manos del señor Sampson y estuvo a punto de volver a caerse, al perder el equilibrio. Esta vez, cuando él extendió la mano para ayudarla a sostenerse, ella retiró la suya inmediatamente.

Jane dio la vuelta y vio a Lady Glenmore, a otra dama que no reconoció, y a dos caballeros, que sabía que había conocido pero que no recordaba. Todos la miraban a ella y al señor Sampson.

—Henrietta, no pensé que te levantabas de la cama, antes del mediodía.

Ella lo miró sensualmente por debajo de sus pestañas y Jane sintió la repentina necesidad de esconderse. Pero, por supuesto, no había ningún lugar donde ocultarse, en medio de un lago.

—No suelo hacerlo —aclaró la lady. Recorrió con la mirada a Jane, antes de dirigirse nuevamente hacia el señor Sampson—. Pero puedes imaginarte mi sorpresa, cuando mi criada llegó a casa, y me dijo que te había visto patinando en el lago. Así que pensé en venir a verlo con mis propios ojos. —Sus hostiles e insensibles ojos se posaron de nuevo en Jane—. Y aquí estás.

Jane sintió que los hombros del señor Sampson se tensaban ligeramente, pero su rostro permaneció tranquilo y sereno.

—Señorita Darington, ¿conoces a Lady Glenmore? … Lady Glenmore, ella es la señorita Jane Darington, hermana de la condesa de Fincham.

Los habían presentado muchas veces, pero, para vergüenza de Jane, la joven viuda actuó, como si nunca se hubieran conocido.

—Un placer. —Ella resopló, antes de volver toda su atención al señor Sampson—. Harry, sé amable y ayúdame, ¿quieres? No recuerdo la última vez que patiné, y estoy segura que necesitaré apoyarme en ti.

Jane sintió que la humillación la invadía. El resto del grupo de Lady Glenmore ya se

había marchado sin reconocer su existencia, aunque todos habían saludado al señor Sampson y ahora él se uniría a ellos con la hermosa rubia, mientras ella se quedaría sola.

Con el estómago revuelto por la familiar mezcla de vergüenza y ansiedad, Jane bajó la mirada hacia el hielo, que tenía bajo los pies. La nieve caía con más fuerza, pero ahora se alegraba de ello porque esto amortiguaba los sonidos de las risas, que provenían del otro lado del lago. Y con suerte estaría tan ocupada, temblando en el agua, que no se daría cuenta de cuánto tiempo tendría que permanecer allí sola.

Podía sentir la mirada del señor Sampson, clavada en ella, pero mantuvo la vista fija en el suelo. Quería levantar la cara y sonreírle, asegurarle que estaba bien, pero no parecía poder hacerlo.

—Tendrás que disculparme, querida —expresó el señor Sampson, y el corazón de Jane se hundió aún más, aunque ella se armó de valor para actuar, como si esto no le importara, y finalmente levantó la cabeza. Pero él no la estaba mirando a ella, sino a Lady Glenmore—. Pero me temo que la señorita Darington y yo ya nos íbamos.

Entonces, sin decir una palabra más, él dio la vuelta y levantó a Jane del suelo. Ella soltó un chillido de sorpresa y le rodeó el cuello con los brazos para mantener el equilibrio. Y mientras patinaba hacia el borde, él se inclinó para susurrarle algo al oído. Esos labios contra su piel le provocaron un violento escalofrío en el cuerpo.

—Si alguien pregunta, de hecho te torciste el tobillo —murmuró él.

Jane no pudo evitar sonreír, mientras corrían por el parque. Ella intentaba recordar con qué pie debía cojear, incluso cuando él la regañó y le dijo que su hermana tenía razón: ¡era una actriz terrible!

***

El corazón de Harry latía con fuerza, mientras subía al carruaje detrás de Jane. La nieve los seguía, arremolinándose alrededor de sus botas mojadas. Prácticamente, se había convertido en una ventisca, cuando la llevó de vuelta al carruaje y la puso en su interior.

Le había dicho a su conductor que buscara refugio en uno de los bares, si el tiempo empeoraba, y el hombre claramente le había tomado la palabra. Incluso se había llevado los caballos, sin duda guardados en establos para protegerlos de la nieve.

Jane se dejó caer en el banco frente a él, con las mejillas sonrojadas y la nariz pequeña y respingona, enrojecida por el frío. Se veía adorable con sus rizos negros, cayendo desde debajo de su sombrero.

¡Cielos! Cuando él la había sostenido, en sus brazos, de esa manera, se encontraba rodeado por su aroma y escuchando su risa. Mientras la bajaba, y ella trataba de fingir, que tenía una pierna herida, él se había divertido más durante esa ridícula carrera por el parque de lo que podía recordar en mucho tiempo, sintiéndose, como si hubieran escapado de una institutriz severa.

Ni en sus fiestas europeas, ni cuando se acostaba con sus amantes. Ni siquiera cuando se dio cuenta que había ganado suficiente dinero, como para no tener que volver a trabajar nunca más, si así lo decidía, él había recordado tanta diversión.

Y ese era un gran problema. No podía empezar a preocuparse por Jane. ¡No de esa manera! Ella dependía de él para que le enseñara a relajarse y divertirse. Para regresar a la tierra de los vivos.

Entonces, ¿por qué le parecía que los últimos años de aventuras y espontaneidad eran menos atractivos que los últimos días con ella? Esto era ridículo e impulsivo. ¡Algo que no podía

permitir que sucediera!

Su mente volvió, una vez más, al regalo de su abuela.

En su juventud, él había estado ansioso por desprenderse del mismo. Y si Henrietta lo hubiera tratado mejor a él, ahora lo tendría y él ni siquiera estaría sentado allí con Jane Darington. Había aprendido en ese entonces, que no podía confiar en su corazón ni en sus sentimientos. Mantener todo en su vida, ligero y sencillo, era una forma segura de no volver a sentir demasiado profundamente.

Entonces, ¿por qué empezó a parecer que todo eso estaba en peligro?

—No creo haber tenido nunca tanto frío —expresó Jane con voz alegre desde el otro lado del carruaje, y a él le dolió el corazón oírla. Él odiaba la imperdonable rudeza que Henrietta había tenido con ella. Tampoco le gustó que sus compañeros hubieran actuado, como si Jane ni siquiera existiera.

Pero, sobre todo, había odiado la resignación con la que Jane se había mostrado, cuando Henrietta había intentado captar su atención. No parecía preocupada ni herida. ¡No! Simplemente se había quedado allí, resignada, aceptando su destino, dando por sentado que él la dejaría sola en la nieve, mientras prodigaba atenciones a otra persona.

Nunca sería tan grosero como para hacer eso, además, tampoco quería hacerlo. Cuanto más tiempo pasaba con Jane, menos atractiva le parecía Henrietta y su oferta de carta blanca. Él tampoco tenía ni idea de cómo se veían sus propias actuaciones. Ese era otro enigma confuso, que se sumaba a los que se acumulaban en su mente.

Apartando esos pensamientos de su cabeza, él sonrió y movió las cejas hacia el otro lado del carruaje, ganándose una risa, que todavía sonaba ligeramente vacilante, como si ella no estuviera acostumbrada a usarla.

—Afortunadamente, tengo algo para ocuparme de eso —dijo él, metiendo la mano en el bolsillo de su abrigo y sacando una botella de brandy—. Otro artículo de tu lista —explicó, mientras destapaba la botella y se la ofrecía.

Ella extendió la mano. Esas manos enguantadas rozaron sus dedos y enviaron un rayo de lujuria, atravesándolo.

“Contrólate, hombre”, él se regañó a sí mismo, asegurándose de mantener la sonrisa en su rostro.

Harry se rió, cuando ella olió el contenido e hizo una mueca.

—Brandy —confirmó él—. De los buenos. Así que no bebas demasiado de una vez...

Ni siquiera había podido pronunciar otras palabras, cuando ella echó la cabeza hacia atrás, y bebió un trago gigante del contenido.

Inmediatamente, Jane empezó a toser. Aquella era la reacción sobre la que él intentaba advertirle. Sus ojos se abrieron de par en par, llenándose de lágrimas. Ellas se atragantó y farfulló. Harry se encontró extendiendo la mano y sacándola de su asiento para ponerla en su propio banco, frotándole la espalda, y regañándola suavemente.

—Hay borrachos que beben sorbos más pequeños que ese, señorita Darington —la reprendió, riéndose.

—¡Esto arde! —dijo ella con voz áspera, provocando que él se riera aún más.

Entonces, Jane lo miró parpadeando, con las lágrimas corriendo por su rostro, y de repente, esto ya no le pareció tan gracioso. Sin pensar conscientemente en sus acciones, él extendió la mano y le tomó el rostro con ambas manos, secándole las lágrimas con sus pulgares.

Esos ojos brillaron, esa respiración se entrecortó y, ¡maldita sea! Esa lengua se asomó para humedecerse los labios inferiores y él se perdió. Siguió la acción con los ojos y supo, en ese

mismo momento, que la misma estaba a punto de llevarlos por un camino de caos. Y que nada lo detendría.

—Eso es el patinaje —dijo él con voz ronca—. Y el brandy.

Ella asintió sin decir palabra, sin apartar la mirada de él ni por un momento.

—Todavía queda el tiro con arco —continuó él en voz baja—, y las apuestas, por supuesto, croquet y tal vez, el baile.

Ella volvió a asentir, como si no pudiera o no quisiera hablar.

—Y hay algo más, ¿no? —preguntó él, bajando la voz hasta convertirla en un susurro, acercándose cada vez más a esa boca—. Creo que quieres que te bese.

Harry no le dio la oportunidad de responder, aterrorizado y con la esperanza que ella también le dijera que se detuviera. ¡No! Simplemente, él cerró la distancia entre ellos, y capturó sus labios con los suyos.

Capítulo nueve

Jane no tuvo tiempo de preguntarse, si estaba a punto de cometer un error colosal porque en el momento en que la boca de Harry tocó la suya, ella estuvo perdida… ¡Totalmente!

Al principio, el beso fue suave. El roce de esos labios contra los suyos fue tierno. Pero luego pareció como si se rompiera algún hilo de control dentro de él y, con algún deseo reprimido, él se zambulló de nuevo. Esta vez, le pasó la lengua por el labio inferior, y cuando ella jadeó de sorpresa, al sentir el calor inundar sus entrañas, él aprovechó la oportunidad para hundirla en su boca y bailar con la suya.

Guiada únicamente por el instinto, Jane imitó sus movimientos, lo que le valió un gemido, que sonó arrancado del alma. De repente, las manos, que habían estado sosteniendo su rostro, se pusieron en movimiento, y ella jadeó de nuevo, cuando esas manos cayeron sobre su cintura, y la tiraron hacia su regazo.

Ella jadeó de nuevo, ante el contacto y el calor de ese cuerpo duro y musculoso, presionando sus curvas. Esas manos se movían de nuevo, parecían estar en todas partes a la vez. Ella jadeaba. Este el único sonido, en el carruaje, en medio de una tormenta de nieve. Y se sentiría avergonzada solo por el sonido, si una de esas manos malvadas y hábiles no hubiera encontrado y desabrochado el broche de su capa, dejando que la tela húmeda cayera de sus hombros.

Él interrumpió el beso y la miró con toda la intensidad del fuego cobalto.

—Hermosa —susurró, antes de inclinar la cabeza una vez más. No para besarle los labios, sino para lamer y chupar la piel de su cuello. Con un gemido, ella inclinó la cabeza hacia atrás, exponiéndose aún más a él, y fue recompensada con una mano, que se deslizó dentro del corpiño de su vestido.

Ella no sabía qué le estaba pasando a su cuerpo, apenas percibía que se sentía como si la hubieran iluminado los fuegos artificiales, que una vez vio en Vauxhall Gardens. Había un dolor profundo, en el centro de su cuerpo, que solo crecía con cada caricia de esos dedos, y por cada contacto con esos labios, lengua y dientes.

Un pulgar rozó su pecho, y ella gritó, recibiendo una línea de placer tortuoso directo al corazón mismo de su feminidad.

De repente, Harry apartó sus labios de los de ella con los ojos cerrados, como si sintiera cierto dolor.

—No debería —murmuró él, esperando que hubiera ayuda sobrenatural. Jane también sabía que no debían hacerlo, pero ella no podía permitirle que se detuviera.

Sin saber de dónde había sacado el coraje, Jane extendió la mano y atrajo su boca hacia la suya. Hubo una fracción de segundo de vacilación por parte de él, antes de rendirse, y su beso adquirió un matiz de desesperación que no existía antes.

Una vez más, esa mano comenzó a acariciar su pecho, esa pulgar jugueteó con su pezón hasta ponerlo duro, mientras ella sollozaba y suplicaba contra esos labios. Y volvió a estar en sus brazos. Por un momento de pánico y locura, pensó que Harry quería apartarla, pero él simplemente la acomodó hasta que ella estuvo a horcajadas sobre él, con sus muslos apretados contra los de él, y su dolorido miembro apretado contra la rígida longitud de él.

Olivia nunca había sido tímida al compartir con Jane exactamente lo que sucedía en su dormitorio, por lo que tenía una idea de lo que estaba pasando, pero nunca imaginó que podía

sentirse, como si fuera a morirse, y estar maravillosamente viva al mismo tiempo.

El calor en su interior crecía y crecía hasta que sintió que necesitaba escapar de su propia piel solo para liberarla. Y justo cuando se sentía al borde de la locura absoluta, los dedos de él encontraron el borde de su falda.

Jane contuvo la respiración, mientras avanzaban más y más alto, más y más cerca de donde se dio cuenta que más los necesitaba.

La mano que había estado sobre su pecho se movió de nuevo, hundiéndose en su pelo y tirando de ella para que quedara arqueada contra él. Su boca se cerró sobre el pulso de su garganta, mordiendo suavemente, mientras esos hábiles dedos separaban sus pliegues y encontraban el manojo de nervios en el vértice de sus muslos. Apretó un pulgar contra ella, haciéndolo girar hasta que ella se restregó contra él, y siseó contra su piel, sonando tan torturado, como ella se sentía.

Las llamas en su interior ardían cada vez más y, justo cuando sabía que iban a explotar, él hundió un dedo en el corazón de ella, quien gritó, mientras la liberación recorría su cuerpo. Y así fue, oleada tras oleada de intenso placer, con los labios y las manos de Harry guiándola, a través de todo. Y cuando estuvo agotada, se desplomó contra él sintiéndose, como si flotara sobre su cuerpo.

Solo esos brazos, alrededor de ella, frotando círculos reconfortantes contra su espalda le permitieron saber que todavía estaba allí, en ese carruaje con él.

—Eres exquisita —le susurró entre sus cabellos. Ella ni siquiera se había dado cuenta que le había quitado el sombrero. Ahora podía sentir cómo su cabello le caía por la espalda, él levantaba un mechón y lo alisaba entre sus dedos.

El silencio se prolongó entre ellos. No era incómodo, pero tampoco exactamente fácil, y Jane no sabía muy bien cómo romperlo, o si debía hacerlo. Una parte de ella sabía que debería sentirse avergonzada de sí misma. Probablemente, él debería pensar que ella no era nada mejor que una desvergonzada con falda ligera. Sobre todo porque solo conocía a ese hombre desde hacía unos días.

Pero no pudo pensar así. ¡Se sintió libre! Como si él hubiera abierto una parte encerrada de ella. Y eso le dio la confianza para levantar la cabeza y mirarlo a los ojos.

—Harry —dijo tímidamente, usando su nombre de pila porque las formalidades parecían un poco redundantes ahora.

—¿Mmm?

—Esto no estaba en la lista.

***

—¿Cómo está tu desaliñada amiguita, cariño? ¿Después de ese terrible incidente en el lago?

Harry apretó los dientes y se tragó la necesidad de defender a Jane de la crueldad de Henrietta. No sería bueno que Henrietta se diera cuenta que esto le molestaba. Nunca se había dado cuenta que ella tenía una vena tan mala, pero cuando recordaba el tiempo que habían pasado juntos, percibió que esto siempre había estado presente.

Jane Darington, por ejemplo, no renunciaría a un hombre al que ama, solo para conseguir un título, si hubiera permitido que alguien se le acercara. Pero, si le hubieran propuesto matrimonio, como mil veces, tal vez ella rechazaría a todos, menos a él.

En el momento en que dejó que ese pensamiento se le escapara del rígido control, que ejercía sobre sus sentimientos, todo se apoderó de él. Sintió el pánico y la culpa, ¡sí! Pero

también el recuerdo de su sabor. La sensación y la visión de ella deshaciéndose en sus brazos. El sonido de su nombre en sus labios.

Ella no estaba allí esa noche porque ahora tenían que seguir con la tonta artimaña sobre su tobillo, y a pesar de sus pensamientos arremolinados, él no pudo contener una sonrisa, al recordar esa terrible actuación.

La condesa se alegró mucho, cuando Jane regresó a casa y se mostró tan mal, que no tuvo que asistir al musical de Fletcher. Y estuvo más satisfecha, cuando descubrió que había testigos del aparente accidente.

—Lady Glenmore no me cae especialmente bien —había dicho Olivia—, pero fue útil que estuviera allí.

En cuanto mencionó lo sonrojada que estaba Jane y que esperaba que no tuviera fiebre, Harry decidió que era más seguro marcharse. Tenía que hacerlo. Necesitaba distanciarse de Jane Darington, y no estaba seguro de poder enfrentarse a la mirada cómplice de Alex.

La condesa lo había invitado a volver a cenar con ellos, esa noche, y, por un momento, se sintió tentado por la mirada de tímida esperanza en el rostro de Jane. Pero Sir Alfred era un cliente y un amigo, y ya se había comprometido a estar allí. De alguna manera, Alex y Olivia se las habían arreglado para usar la lesión falsa de Jane, como una cláusula de escape para los tres.

Se dio cuenta que no le había respondido a Henrietta, y que ella estaba frunciendo el ceño. Sin duda, esa mujer no estaba acostumbrada a que la ignoraran.

—Jane está bien… —dijo de repente, prefiriendo no responder al insulto que le hizo rechinar los dientes—. Descansando.

—Es muy generoso de tu parte, querido, llevarla a esas pequeñas excursiones: a patinar y a caminar por el parque.

Él la miró, enarcando una ceja, y ella se rió con esa risita tintineante, que a él le parecía encantadora.

—A mis sirvientes no se les escapa nada.

Él no se molestó en responder y podía sentir la irritación, que emanaba de ella. Henrietta se acercó a él, acariciando el obsceno colgante de diamantes, que se encontraba entre sus pechos, y el vestido que llevaba era tan escotado y dejaba muy poco a la imaginación. Igualmente, ella como viuda suponía que podía hacer alarde de sus productos, donde quisiera.

—Ya que no parece que estés cuidando a la muchacha, esta noche —expresó Henrietta lentamente, colocando una mano sobre el brazo de él, en una caricia e invitación descarada, mientras el perfume que él recordaba los rodeaba—. ¿Por qué no vienes a verme, cuando puedas escaparte? Te extraño mucho, cariño.

Harry tragó saliva con fuerza y la miró fijamente. Ella era muy bella. Siempre había sido hermosa con sus rizos rubios y su aspecto de muñeca de porcelana. Los años tampoco le habían robado ninguno de sus encantos, más bien parecía como si hubiera crecido para adaptarse a ellos.

Una semana antes, probablemente hubiera aprovechado la oportunidad de levantarle las faldas, y tomar lo que ella le ofrecía tan descaradamente. Recordó que le habría ido bien. Lo sabía porque estaba claro que ella no se había acostado con su marido, siendo virgen.

Aunque él disfrutó de buenas experiencias. Las había tenido muchas veces desde que Henrietta le abrió los ojos, a quién era ella en realidad. Y, a decir verdad, todas las mujeres, desde entonces, habían sido igual de buenas.

Una pequeña parte de él consideró ceder a la tentación de regresar a su pasado. Esta mujer había tenido tanta influencia sobre su yo más joven. Pero algo lo estaba frenando. No, no era algo. ¡Era alguien!

Por ridículo y absolutamente peligroso que fuera, no podía ver la belleza en los ojos azules de Henrietta porque estaba obsesionado con un par de ojos marrones. Y no se sintió conmovido por la invitación de Henrietta porque lo había fascinado demasiado la dulce inocencia de Jane Darington.

Un beso de ella lo había afectado más de lo que nadie ni nada lo había hecho en mucho tiempo. Y entonces llegó el aluvión de recuerdos del tiempo, que habían pasado juntos en aquel carruaje. Henrietta seguía hablando, pero él ya no podía fingir que no la escuchaba. Al respecto, su mente, sus oídos y todo su ser estaban llenos de Jane Darington. Esa pasión que se ocultaba bajo la superficie de su tímido exterior, los sonidos que emitía, cuando gemía contra su boca, y su cuerpo temblando con la liberación, que sus manos le proporcionaban. ¡Solo ante las suyas!

Una oleada de posesividad lo invadió, y de pronto deseó estar en el comedor de Fincham, sin fiestas, sin beber, bailando y riéndose. La frivolidad y la libertad, que había anhelado desde la infancia, no parecían tener el mismo atractivo que antes.

Nunca se había imaginado que desearía algo demasiado profundo. Después de ser responsable de su madre, se había cerrado a la posibilidad o al deseo de tener algo verdaderamente significativo. Otra razón por la que Henrietta le había parecido perfecta. Ella era solo superficial. Y él se obligó a desear eso.

Sin embargo, ahora él se sentía diferente… Henrietta era falsa… Y realmente frágil. Más aún, cuando él pensó en Jane, sincerándose con él sobre sus experiencias pasadas y sus miedos, y en cómo le había sonreído, negándose a avergonzarse de lo que hicieron, sus ojos se llenaron de asombro. Lo cual era una extraña fascinación, que él había puesto allí.

Y durante toda la tarde, un pensamiento persistente había rondado en su cabeza, una y otra vez: ¡quería estar con Jane Darington, mucho más! Pretendía saber todos sus pensamientos, secretos y miedos. También anhelaba contarle los suyos. Deseaba ser su punto de apoyo y ser alguien en quien ella pudiera asentarse.

Pensó en el camafeo de su abuela, el regalo para la mujer que era dueña de su corazón, pero nuevamente mitigó ese pensamiento. ¡Era una tontería pensar en estas cosas! Él estaba simplemente atrapado por el espíritu navideño, ¿eso era todo?

No obstante, cuando Henrietta se acercó, aún más, y le susurró al oído lo que le daría, no pudo convencerse que él fuera siquiera remotamente atractivo. Así que se despidió, y se preguntó cómo diablos se había metido en una situación tan complicada, en tan poco tiempo.

Capítulo diez

—No puedes estar pensando seriamente en jugar croquet, en la nieve.

Jane se rió de la confusión de Olivia y sintió más alegría de la que jamás había percibido. Desde la mañana que pasaron en el carruaje, Harry la visitó, insistiendo en que marcaran algo de su lista.

Jugaron al tiro con arco en un raro día sin nieve, y hoy les tocaba el croquet. También añadió algo más, a su lista, alegando que se quedarían sin cosas que hacer, y que se estaba divirtiendo demasiado, como para terminar en un par de días.

Y así, habían ido al teatro, acompañados de Olivia y Alex. También asistieron a bailes y fiestas, a las que ella normalmente nunca se le hubiera ocurrido ir.

Harry disfrutó todos los días y todas las noches con ellos. Cuando no tenían compromisos sociales, los acompañaba a cenar, le enseñaba a Jane a jugar, lejos de la casa, y luego pasaron a las carreras de obstáculos, cuando afirmaba que ella lo había derrotado tantas veces, que pronto sus bolsillos estarían vacíos.

Y cuando él recuperó todo su dinero, jugando a las apuestas, le susurró a Jane, al oído, que podía pagarle las deudas con un beso. Por supuesto, ambos tenían cuidado con Alex y Olivia. Especialmente con Alex. Pero durante sus caminatas o paseos diurnos, siempre Jane se las arreglaba para robar uno. O varios.

No estaba segura de lo que eso significaba y simplemente le daba miedo preguntar. Así que decidió simplemente disfrutar del tiempo, que pasaron juntos. Sabía lo que estaba sintiendo y que había caído rápido y lejos. Pero Harry, a diferencia de Elliot St. Clare, nunca le había hecho promesas y jamás había afirmado sentir nada por ella más allá del cariño. Por supuesto, no debía permitirle que la besara tanto ni que se tomara libertades. Sin embargo, ella era impotente ante los sentimientos, que él le evocaba, y por eso, simplemente dejó que esto sucediera, negándose a pensar en nada más allá de la próxima semana, o algo así.

Anoche la nieve había caído más espesa, que nunca, y cuando Harry apareció, mientras todavía estaban desayunando, incluso Jane se opuso a su sugerencia que jugaran, riéndose.

—No he jugado desde la infancia, señor Sampson —protestó ella. Él llenó su plato y se sentó cómodamente a su lado—. Es una mala acción de su parte obligarme a jugar en esas condiciones.

—¿Qué tal si te prometo que te dejaré hacer trampa? —preguntó magnánimo, deslizando la mano por debajo de la mesa para apretarle la pierna. Ella estaba tan distraída, que dejó de expresar objeciones y frunció el ceño, ante su sonrisa petulante, cuando él se dio cuenta que había ganado.

Y allí estaba ella, ataviada con una capa y una bufanda, tratando de asegurarle a su hermana, que no moriría congelada, jugando croquet, en el césped cubierto de nieve.

—Ven, señorita Darington. Cuanto antes te gane, antes podremos entrar y calentarnos.

—¡Harry Sampson! —El tono de regaño de Olivia lo detuvo, y él giró hacia ella con una sonrisa inocente.

—¿Milady? —preguntó.

Pero Livy no estaba encantada y lo miró con los ojos entrecerrados.

—Mi baile de Nochebuena es dentro de una semana… Si la pones enferma, antes de esa fecha, si le impides asistir, si le haces daño, aunque sea a un cabello de su cabeza, bueno, puedes

preguntarle a mi esposo de lo qué soy capaz.

Jane ocultó su sonrisa, en su guante, cuando una expresión de alarma se dibujó en el rostro de Harry, cuyos ojos azules cristalinos se abrieron de par en par, ante las amenazas de Livy. Pero luego su expresión adoptó su afabilidad habitual.

—Primero querías que la lastimaran, ahora no quieres que le hagan daño ni a un pelo de la cabeza. Sinceramente, Lady Fincham, es imposible cumplir con tus exigencias.

Y antes que Olivia pudiera tocar la campana sobre su cabeza, lo cual parecía muy probable, que se estuviera preparando para hacer, él agarró la mano de Jane y prácticamente la arrastró fuera de la puerta, hacia la nieve.

Apenas treinta minutos después, Jane se reía derrotada. La nieve había caído y seguía cayendo tan espesamente, que era imposible ver las bolas de croquet, y sentía como si el mazo se le hubiera pegado a los dedos.

—¡Reconozco la derrota! —gritó ella—. Sinceramente, esto es mucho menos divertido de lo que recordaba.

Él caminó hacia ella y sin decir palabra, ahuecó su rostro, en su mano, inclinándole la barbilla hacia arriba para que lo mirara.

—¿Tienes idea de lo hermosa que te ves en la nieve? —preguntó casi con un tono atormentado—. ¿Ese cabello negro y esos ojos marrones que te parten el corazón? ¡Eres irresistible!

Jane parpadeó sorprendida y todo su cuerpo se calentó, ante sus palabras.

—¿Eso significa que me vas a dejar ganar? —preguntó ella, esperanzada, vislumbrando una risa de él, antes que se pusiera serio.

—No quiero dejarte ir todavía —dijo él, mientras se ponía serio. Su mirada permanecía clavada en la de ella, haciendo que su corazón se agitara salvajemente, en su pecho, y Jane tuvo la sensación que él podría estar considerando algo más emocionante para esta tarde.

Pero no podía permitirse pensar de esa manera. Ella lo sabía. Le dolería demasiado, cuando se demostrara que estaba equivocada. Aún así, Jane tampoco quería despedirse de él.

—¿No queda nada en la lista que podamos hacer dentro de casa? —preguntó ella con las mejillas ardiendo, mientras su sonrisa se volvía claramente lobuna.

—¡Oh! Puedo pensar en una cosa o dos —dijo él, guiñándole un ojo.

Ella le dio una palmada en el brazo, pero no lo detuvo, cuando él se inclinó para darle un beso apasionado en los labios.

Después de lo que parecieron segundos y eones, él se apartó, gimiendo mientras presionaba su frente contra la de ella.

—Me estás volviendo loco, Jane Darington —susurró, y Jane sintió que su corazón casi explotaba de éxtasis.

Ella, Jane Darington, la chica tímida que había estado destinada a vivir sola y escondida del mundo, quien fue quemada por un hombre, que nunca la quiso de verdad, estaba volviendo loco a un hombre como Harry Sampson. No parecía que esto pudiera ser real.

Una voz persistente de duda le susurró al oído, indicándole que ya había creído en esas cosas antes y casi la habían destruido. Aunque ella rechazó esos mensajes sin piedad. Harry no se parecía en nada a Elliot St. Clare. Se preocupaba por ella. La había ayudado, aunque no tuviera que hacerlo. Y era bueno, hasta la médula… ¡Nunca usaría a una mujer de una forma tan mala!

—Hay otra actividad en tu lista, que no me hará recibir un disparo, si Alex nos encuentra —dijo de repente, alejándose de ella y agarrando su mano, guiándola hacia la casa.

—¿Y eso qué es? —preguntó ella, un poco sin aliento.

—Te lo mostraré.

La hizo entrar a toda prisa a la sala de música, pidiendo que trajeran una bandeja de té y que la criada de Jane fuera a atenderla. Alex y él eran amigos desde hacía tanto tiempo, por lo que a ninguno de los sirvientes le sorprendió que él se apoderara de una sala, y pidiera té.

Y si a alguno de ellos le parecía extraño que ella pasara tanto tiempo con él, sin pedir jamás una acompañante, bueno… en cualquier caso Jane no escucharía los chismes de la servidumbre.

Mientras la criada se apresuraba a cumplir las órdenes de Harry, Jane se despojó de su capa y sus guantes, desenrolló su bufanda, y se quitó también el sombrero, antes de deshacerse de las botas mojadas.

Cuando quedo libre de estas prendas y calzados, su doncella llegó con un chal y un par de zapatillas secas, y otra se apresuró a encender el fuego. Cuando la sala se vació de nuevo, la última de las sirvientas dejó la bandeja de té solicitada, y luego cerró la puerta sutilmente detrás de ella. Ahora Jane se enfrentaba a Harry, al otro lado del salón, completamente sola.

—Solo queda una cosa en tu lista, Jane —dijo él con voz extrañamente ronca—. ¡Bailar!

El corazón de Jane se paró y luego se puso a galopar. Durante las últimas dos semanas, ella se había sincerado más sobre lo que había sucedido con Elliot St. James, por qué la había hecho querer vivir como a una *alhelí*, y no quería bailar más nunca ni volver a acercarse lo suficiente a un caballero. Después de los abrazos y besos, que había compartido con Harry, parecía algo tonto que ella fuera quisquillosa con el baile, pero esto había seguido siendo lo único que todavía no quería hacer.

Aunque allí, en esa sala tranquila, con la nieve cayendo afuera y el fuego chisporroteando alegremente, en la chimenea, ella se dio cuenta que podía dejar atrás ese miedo infundado y librarse de ese último grillete autoimpuesto.

Él cerró la distancia entre ellos y la abrazó.

—Quiero bailar contigo en el baile, la semana que viene —susurró—. Deseo que me reserves todos los bailes, aunque sé que no puedes. Pero... —Le rodeó la cintura con una mano, agarró la de ella con la otra y los hizo bailar un vals lento y silencioso—. Quiero el vals —dijo.

Él sabía lo importante que esto era para ella, ya que el hombre que la traicionó había hecho que odiara ese baile más que el resto.

—Él no te merece, cariño —expresó el, suavemente—. Nunca lo mereció. Te quiero para mí. Quiero que pienses en mí, cuando bailes. En nadie más.

Y cuando Jane no pudo encontrar las palabras y su garganta se cerró tanto con lágrimas no derramadas, que no confió en sí misma para hablar, y finalmente se permitió admitir lo que sentía por Harry, levantó su rostro hacia el de él, presionando un tierno beso contra su boca.

***

El beso de Jane fue el más dulce de su vida y Harry lo sintió. Esta era la última grieta en el muro que rodeaba su corazón. Y entonces, él supo lo que sentía por esa mujer, que tenía entre sus brazos. Supo que el amor que había creído abrigar por Henrietta había sido ridículo en comparación con lo que sentía por Jane.

El regalo de su abuela pertenecía únicamente a la mujer, que tenía en sus brazos. ¿Cómo no iba a ser así? Podía verlo claramente en su mente: Jane luciendo el camafeo de su abuela, ese símbolo del amor verdadero e inmortal.

Profundizó el beso, atrayéndola hacia sí, deleitándose con su gemido de rendición. Ella era perfecta y la deseaba para siempre. Lo sabía con una claridad cegadora, que le daba

desesperación a su beso.

¡Quería decírselo! ¡Quería rogarle que se casara con él! ¡Quería gritarlo a los cuatro vientos! Por fin, él había encontrado el tipo de amor, que debería haber estado buscando desde siempre. El tipo de amor que se hacía más fuerte, a causa de las penas y las tribulaciones, que le hacía querer llevar todas sus cargas y compartir las suyas con ella.

Aunque Harry quería hacerlo bien. Le mostraría a Jane el camafeo de su abuela, explicándole su relevancia, y también lo que ella significaba para él.

Tenía que detener esa locura. Cualquiera podía entrar y verlos. Y cuando ella aceptara ser suya, él quería que fuera porque ella lo anhelaba, no porque él se lo hubiera impuesto. Así que, a regañadientes, él se apartó, con el orgullo masculino llenándole el pecho, al ver sus ojos vidriosos por la pasión y su respiración agitada.

—Tengo que parar —expresó, diciéndoselo a sí mismo tanto como a ella—. Tengo que parar.

—Entonces, detente —susurró ella, pero lo abrazó con más fuerza, mientras lo decía—. ¡No pares ahora!

Así que él no lo hizo.

Capítulo once

El salón de baile de Olivia brillaba con la luz de lo que parecían miles de velas. ¡Era impresionante!

Jane estaba parada en el medio. Sus ojos trataban de abarcarlo todo, desde las franjas de tela blanca hasta las guirnaldas de acebo y hiedra, que colgaban, en cada superficie disponible.

—Es una visión —suspiró ella, sonriendo a su hermana, que la examinaba con ojo perspicaz.

Olivia estaba resplandeciente con un vestido dorado, su cabello lucía adornado con diamantes y su piel brillaba con su secreto. Nunca había lucido tan hermosa, y cuando Alex entró tranquilamente y se detuvo, en seco, con sus ojos recorriendo a su esposa, calentando el aire a su alrededor, ella supo que él también pensaba lo mismo.

Jane se acercó a ellos sin apartar la mirada del rostro de Olivia. Cuando su hermana la arrastró por el suelo y la sacó del salón sin explicárselo, Jane pensó que la dejarían sola un rato. Prefería no pensar en el motivo.

El primero de sus invitados llegaría pronto y Olivia realmente no quería darles la bienvenida sola, por lo que solo podía esperar que alguien la acompañara.

—Feliz Navidad, cariño.

Jane dio la vuelta al oír una voz detrás de ella. Una voz que reconocería en cualquier lugar. Y allí estaba él, dolorosamente atractivo, con un esmoquin oscuro y sus ojos de un azul imposible, a la luz de las velas.

—No es Navidad hasta mañana —aclaró ella, en voz baja, sintiéndose inexplicablemente tímida. Había algo en esa velada, que le parecía verdaderamente mágico, y no quería que nada la estropeara.

—Feliz Nochebuena, entonces —bromeó él con una sonrisa, acercándose a ella, y haciendo una reverencia sobre su mano. Ella sintió su beso, a través de la tela de su vestido de noche de satén, y eso le provocó un escalofrío de consciencia, que le recorrió las venas.

Esos ojos la transitaron desde los rizos amontonados sobre su cabeza, a lo largo de su vestido de noche verde salvia, hasta las puntas de sus zapatillas de satén.

—¡Eres impresionante! —destacó él con voz áspera, apretándole la mano—. Y tengo que decirte algo. Tengo que...

—Jane, date prisa. Los invitados están llegando.

Ambos dieron la vuelta, al unísono, y vieron a Olivia corriendo, despeinada y sonrojada hasta la raíz del cabello. Alex iba detrás con una sonrisa de suficiencia en su rostro.

Harry giró para mirar a Jane con una ceja levantada, pero ella negó con la cabeza.

—No preguntes —le ordenó ella, riéndose al ver esa mueca.

Ella se dispuso a seguir a Olivia, cuando la mano de Harry se estiró y la agarró por la cintura. Jane lo miró con curiosidad.

—¿Más tarde? —preguntó él, suavemente—. ¿Hablamos más tarde?

—Más tarde —confirmó con una suave sonrisa, antes de salir corriendo tras su hermana.

Él la observó irse, sin apenas notar, cuando Alex se acercó a su hombro.

—¿Hay algo que quieras decirme, viejo amigo? —preguntó y, aunque su tono era suave, Harry escuchó el acero en él.

Técnicamente, Harry debería pedirle la mano de Jane al padre, pero como los Daington

esencialmente le habían entregado la gestión de sus vidas enteras a Alex, sabía que su amigo era la persona, cuya bendición realmente necesitaría.

Pero Jane merecía escucharlo, antes que nadie, así que volteó para mirar, en los ojos, a uno de sus más antiguos y mejores amigos.

—Eso espero —dijo con toda la honestidad, que se permitió—. Pero primero tengo que hablar con Jane.

Alex sostuvo su mirada, durante lo que pareció una eternidad, antes de esbozar una amplia e inesperada sonrisa.

—Esto amerita una bebida —expresó, dándole una palmada en el hombro a Harry. Los dos amigos siguieron a Olivia y Jane.

***

El baile fue un éxito rotundo y, por una vez, Jane estuvo en el centro de la fiesta. Había bailado los dos primeros bailes con Harry y luego rechazó cortésmente todas las demás peticiones, aunque sí conversó con casi todos los demás invitados.

Harry se quedó a su lado, frunciendo el ceño, a cualquier caballero que intentara coquetear con ella, o convencerla para que saliera a caminar por la terraza. Ella podía sentir que él se enojaba, cada vez más, y la mano que mantenía en su espalda la agarraba fuertemente.

Finalmente, cuando ya había despedido a otro posible compañero de baile, ella se enfadó.

—Ya está. —Él se quejó—. Creo que ya hemos mostrado nuestras caras lo suficiente. Vayamos a un lugar más privado para que podamos hablar.

Jane giró hacia él con una sonrisa indulgente, en el rostro, dispuesta a aceptarlo. Pero un movimiento en las puertas le llamó la atención y, cuando miró por encima de su hombro, sintió que todo su cuerpo se congelaba de horror.

—¿Jane? Cariño, ¿qué te pasa?

No obstante, ella no podía hablar ni moverse, ni siquiera podía pensar más allá de los recuerdos y el terror que la asediaban. Harry volteó para ver qué estaba mirando y la maldición más oscura se escapó de su boca… Elliot St. Clare estaba de pie, en la puerta, con Lady Glenmore aferrada a su brazo…

***

Harry nunca había sentido una rabia tan cegadora, como la que lo invadía, en ese momento. No tenía ni idea de cómo ese cabrón de St. Clare tuvo la audacia de volver a aparecer, en casa de Fincham, pero no tenía ninguna duda que Henrietta tenía algo que ver con ello.

Observó cómo sus ojos recorrían el salón de baile y, cuando se posaron en él, con Jane a su lado, su sonrisa maliciosa le dijo todo lo que necesitaba saber. Ella le había hecho esto a Jane, a propósito. Como una especie de castigo.

Alex tenía que estar por allí, pensó frenéticamente. Necesitaba llevar a Jane con su hermana y luego se ocuparía de St. Clare. Al voltear, para mirarla de nuevo, se alarmó al ver lo pálida que estaba su cara.

—Jane —susurró con atención, sin querer llamar la atención de nadie sobre lo que estaba pasando. No quería que se hablara de ello. Solo le haría daño, y él haría cualquier cosa para evitar que le hicieran daño—. Jane, cariño. Vamos a sacarte de aquí. Podemos ir a la biblioteca o... o...

—Pequeña Jane Darington. Es muy agradable volver a verte.

Todos los pensamientos se vaciaron de la cabeza de Harry, al oír la voz llorona de St. Clare detrás de él. Dio la vuelta para mirar al hombre y sintió un placer perverso, al ver cómo el rostro de St. Clare palidecía, al ver que era Harry el que estaba allí de pie. Era evidente que Henrietta no había sido sincera con respecto a su plan.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —gruñó, apretando los puños para no arremeter contra él. A su lado, podía sentir a Jane temblando, y no quería nada más que levantarla y salir corriendo de allí, para protegerla de todo y de todos los que pudieran hacerle daño.

—Lady Glenmore me dijo que Fincham quería ofrecerme una rama de olivo, y decidí pasar a visitarlo y olvidar el pasado. —Su mirada se deslizó hacia Jane, recorriéndola de una manera, que hizo que Harry se sonrojara.

—Si no sales de aquí, ahora mismo, ¡te mataré con mis propias manos! —expresó Harry, en voz baja—. Y si vuelves a hablar con Jane o a mirarla, me tomaré mi tiempo para hacerlo.

Ignorando el jadeo de sorpresa de Henrietta y saboreando el brillo enfermizo en el rostro de St. Clare, Harry volteó, una vez más, hacia Jane.

Esos ojos eran enormes… Esa palidez de Jane hizo que Harry se preocupara que ella estuviera a punto de desmayarse.

Sin importarle las miradas, que seguramente estarían sobre ellos, él extendió la mano, y agarró su rostro entre sus manos.

—Jane, cariño —susurró con fiereza, solo para que ella lo oyera—. Este hombre no te hará daño, te lo juro. Nunca dejaré que se acerque a ti.

Esperó una eternidad, pero finalmente, ella pareció concentrarse en él y el alivio lo invadió, cuando Jane asintió con la cabeza, en señal de comprensión.

—Quiero que te vayas y encuentres a tu hermana —dijo con el corazón acelerado, aunque fue cuidadoso y mantuvo la calma—. Y quiero que te quedes con ella hasta que yo vaya a buscarte. ¿Puedes hacer eso por mí?

Otro asentimiento y la opresión en su propio pecho lo alivió un poco más. Harry le dio un beso rápido en la frente, y la apartó suavemente de donde estaban parados, mientras la observaba irse corriendo, con la espalda recta y la barbilla levantada, y él sintió que iba a estallar de placer. Incluso frente a su mayor demonio, ella no volvería a ser esa pequeña y dócil *alhelí*, que había sido.

Cuando estuvo seguro que Jane no se desmoronaría, Harry se preparó para lidiar con Henrietta y St. Clare con la esperanza que todo lo que él sentía se reflejara en su rostro. Y a juzgar por el miedo, en los ojos de ambos, pensó con una especie de enfermiza satisfacción, que así sería.

Capítulo doce

Jane estaba sentada en la oscuridad de la sala de música con una vela solitaria, parpadeando en la noche. No había querido sacar a Olivia de su fiesta y, por eso, cuando Harry la envió lejos, había venido aquí.

Por más que lo intentaba, no parecía poder evitar que su cuerpo temblara y que su mente dejara de correr. Volver a ver a Elliot había sido su peor calamidad. Aunque tener a Harry, a su lado, defendiéndola y protegiéndola, le había dado la fuerza para no desmoronarse.

Una parte de ella deseaba haber podido enfrentarse a Elliot sin necesitar a nadie, pero volver a verlo fue una sorpresa terrible, sobre todo porque ya ella era feliz.

Por mucho que hubiera intentado no hacerse ilusiones, cuando Harry le había dicho que quería hablar con ella y que tenía algo importante que discutir, no pudo evitar preguntarse: ¿era posible que él la amara, aunque fuera una fracción de lo que ella había llegado a amarlo? Al llegar esta temporada navideña, nunca se habría imaginado que el amor estaba a su alcance.

Sin embargo, allí estaba ella, irrevocablemente enamorada del hombre, que la había ayudado a encontrar la alegría de vivir de nuevo. Incluso si él la dejaba después de esto, le había dado la fuerza para no volver a esconderse en las sombras. Ella nunca amaría a otro hombre: lo sabía hasta lo más profundo de su alma. Pero tendría el recuerdo de haber amado a Harry y, aunque le rompiera el corazón, al menos había experimentado el verdadero amor, cuando nunca pensó que lo haría.

Tal vez algún día incluso sería capaz de enfrentarse a los Elliot St. Clare del mundo sin necesidad de huir.

Un ruido en la puerta hizo que su corazón latiera con fuerza y levantó la vista, sintiendo un miedo insidioso, que la invadía a pesar de sus mejores esfuerzos por mostrarse valiente y no inmutarse. Se puso de pie de un salto y miró sin aliento cómo el picaporte se retorcía, y la madera crujía al abrirse.

Estaba a punto de gritar y salir corriendo por las puertas, que conducían a los jardines, cuando una figura, alta y ancha, llenó el marco de la puerta y por un momento volvió a estar allí, en esa entrada oscura de Scandal Lane, incapaz de escapar de las garras de Elliot. Solo fue porque él estaba tan borracho y se tambaleaba tanto, que ella había podido escapar.

Pero entonces la figura entró en la sala y sus rodillas se doblaron con alivio para ella, cuando el rostro de Harry apareció, a la vista de la vela luminosa.

—Jane —susurró. Fue solo una palabra, aunque la misma fue suficiente para que ella volara por la sala, y se arrojara a sus brazos.

—Todo está bien, cariño —le dijo, tocándole el pelo, mientras la rodeaba con los brazos, en un fuerte abrazo. Lanzó una maldición y la atrajo hacia la tumbona junto a la ventana—. Estás temblando —expresó con brusquedad, sentándose, manteniendo a ella en su regazo, y dándole besos en la frente.

Por un momento maravilloso, ella se permitió hundirse contra él, inhalando su aroma y permitiéndose disfrutar de estar en su abrazo. Pero pronto sus ansiedades pudieron más que ella, y se sentó para mirarlo a los ojos. La mirada de ternura, en esa mirada, la dejó sin aliento y su corazón latía tan fuerte, que temía que se le saliera del pecho.

—¿Se ha ido? —preguntó ella, medio asustada de oír la respuesta.

Harry extendió la mano y apartó un rizo rebelde de esa frente, antes de ahuecar ese rostro

y frotar su pulgar, a lo largo de esa mejilla.

—Se ha ido —lo repitió con sencillez, y el alivio la dejó mareada—. Y nunca volverá a molestarte —continuó con fiereza.

Algunas de sus dudas debieron reflejarse en el rostro de Jane porque él se inclinó hacia delante, y le dio un beso en la frente.

—Te lo prometo, Jane. Nunca volverá a molestarte. Es... es en parte culpa mía que él estuviera aquí en primer lugar.

—¿Cómo es eso? —preguntó ella.

Él suspiró y ella se sorprendió por la rabia pura que de repente llenó esos ojos.

—Henrietta —empezó—, Lady Glenmore… Ella y yo tenemos una historia.

El estómago de Jane se encogió, cuando esas palabras penetraron en ella. Debería haberlo adivinado, supuso, dada la forma en que la dama se había aferrado a él.

—Fue hace años. Pensé que la amaba —manifestó él, y esta vez el corazón de ella se retorció dolorosamente—. Yo era joven —siguió—, no sabía nada mejor. Nos divertíamos juntos y pensé que eso era suficiente. ¡Pensé que era amor! No tenía idea de lo equivocado que estaba.

La miró a la cara, durante un buen rato, y ella intentó con todas sus fuerzas no parecer que estaba molesta ni tan abatida, como realmente se sentía. Jane no tenía idea qué decir, así que permaneció sentada en una especie de silencio miserable y desconcertado.

De repente, Harry se movió, la levantó de su regazo, se puso de pie de un salto y la colocó en el diván. Ella solo pudo observar cómo él caminaba de un lado a otro, frente a ella, pasándose una mano por el cabello.

—Cuando era más joven, estaba seguro que no había nadie como ella, en el mundo. Y pensé que me casaría con ella. —Se rió, sacudiendo la cabeza. Su rostro era una imagen de burla —. Por supuesto, como no soy un noble, no fui lo suficientemente bueno para alguien como Henrietta. Ella estaba decidida a casarse con alguien de una posición superior. A ganar un título. Y lo hizo.

Jane tragó saliva con la esperanza de no dejar que se notara su angustia.

—Y cuando regresé a la ciudad, cuando la vi esa noche, en esta misma casa, ella mencionó que esperaba que pudiéramos iniciar un romance.

—¡Oh! —Esa fue la respuesta más patética que ella pudo dar, pero no se le ocurrió nada que decir. Había pensado que ver a Elliot sería lo más horrible de la noche, no obstante, oír esto fue peor aún.

—Jane. —Él se agachó frente a ella y le tomó las dos manos. Ella no quería mirarlo, pero no podía apartar la mirada—. Solo te lo digo porque necesito que sepas por qué ella hizo algo tan cruel, como traer a ese bastardo aquí esta noche.

Ella parpadeó, ante la ferocidad en su voz.

—Aparentemente, ellos se mantuvieron en contacto y ella le hizo creer que Alex estaba listo para darle la bienvenida nuevamente al grupo. Sus bolsillos siempre han estado a tope, y obviamente no podía dejar pasar la oportunidad de vivir a costa de su ex amigo rico.

—Pero, ¿por qué? —preguntó ella, desconcertada por todos los sucesos de esa noche—. ¿Por qué querría traerlo aquí? ¿Para hacerme daño? ¿Cómo podría siquiera saberlo?

Él suspiró y bajó la cabeza, permaneciendo así por tanto tiempo, que Jane no estaba segura si debía darle un codazo. Finalmente, Harry levantó la mirada. Sus ojos estaban tan atormentados, que a ella se le cortó la respiración.

—No es ningún secreto que Alex me hizo echarlo de la ciudad —expresó Harry, en voz baja—. Y si hubieran seguido en contacto, él habría estado feliz de contar su versión retorcida de

los hechos. En cuanto a por qué ella quería hacerte daño, me temo que es culpa mía, como te dije… Cuando la rechacé, cuando vio cuánto tiempo pasaba contigo y lo feliz que estaba de hacerlo, se puso celosa. ¡Ella es tan inmadura y ridícula como eso!

—No estaba tratando de alejarte de ella, Harry —dijo ella con tristeza. Y aunque su corazón se sentía como si se le partiera en dos, sabía que tenía que decirlo todo—. Nunca querría interponerme en el camino de tu felicidad. Si... si Lady Glenmore está disponible ahora, y tú deseas ir tras ella, no te lo impediré... es decir, solo quiero que seas feliz.

Esta vez fue el turno de Jane de bajar la cabeza. No soportaba mirarlo a la cara, si le decía adiós. ¡Esto era demasiado duro! Decirle que fuera a ver a Lady Glenmore ya había sido demoledor, y no podía decir nada más sin derrumbarse por completo.

No supo cuánto tiempo permaneció sentada allí, esperando a que él se levantara y se alejara de ella. Pero de repente, esos dedos estaban bajo su barbilla, obligándola a mirarlo a los ojos. Él metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña bolsa.

—Solo hay una manera de ser feliz, Jane —dijo Harry con una voz tan llena de ternura, que rompió el pobre y sobrecargado corazón de ella.

Se sentó en el diván junto a Jane y le puso la bolsa en la mano.

—¿Recuerdas que te hablé de mi abuela? —preguntó—. De lo importante que era para mí… De lo sabia que era... De lo mucho que la amaba…

Ella asintió, confundida.

—En su lecho de muerte, me dio esto —señaló con la cabeza la bolsa que tenía en la mano—. Fue un regalo de mi bisabuelo, a la mujer que amaba. Un obsequio que se ha transmitido, en mi familia, y que se ha convertido en un símbolo de amor verdadero y eterno.

Jane no podía hablar, solo podía mirar fijamente, mientras él extendía la mano y abría la pequeña bolsa, derramando su contenido en sus manos temblorosas. Miró el camafeo, pasando un dedo sobre la superficie lisa.

—Es hermoso —susurró, su voz temblaba tanto como el resto de ella.

—Jane. —Él la miró y vio que sus ojos brillaban con lágrimas contenidas—. Mi abuela me dijo que cuando encontrara a la mujer que amaba con amor verdadero e inmortal, ella me cuidaría. Y finalmente, creo que es así. ¡Porque te amo! Y no de la forma en que pensé que amaba a Henrietta. Te amo de una manera que cambia a las personas. Todo mi mundo ha cambiado porque te has convertido en el centro de él… Y sé que mi abuela me está cuidando ahora mismo, porque finalmente he encontrado a la mujer con la que se supone que debo estar… Al fin, he encontrado el tipo de amor que inspiró este regalo. Se supone que debes tenerlo, Jane. Es por eso que nunca funcionó con nadie más. Porque esto estaba destinado para ti. Tú estabas destinada para mí. ¡Y nunca pasaré un segundo más de mi vida sin amarte!

Ella sintió que las lágrimas corrían sin control por sus mejillas, pero no pudo hacer nada para detenerlas. Sus palabras eran tan maravillosas, que apenas podía creer que fueran reales. Había pasado de ser una solterona empedernida, una persona indeseada y marginada, a tener el amor del hombre que amaba.

—Y aunque no me correspondas mi amor, aún esto te pertenece porque te amaré a ti, y a nadie más por el resto de mi vida.

Finalmente, ella levantó la vista hacia su rostro, y él extendió la mano para secarle las lágrimas.

—Por favor, no llores, mi amor —dijo él con voz ronca—. No soporto verte llorar. Si te he molestado, lo siento.

Su disculpa y la incertidumbre en su rostro la hicieron llorar más fuerte y se arrojó a sus

brazos, tratando desesperadamente de controlarse. Después de unos momentos de abrazarlo, asegurarse que realmente estaba allí para decirle cosas maravillosas, ella se apartó para ver su rostro.

—Harry —dijo Jane, todavía sollozando.

—¿Sí?

—Te devuelvo tu amor —manifestó con palabras demasiado simples para transmitir la profundidad de lo que sentía—. ¡Te amo muchísimo! Nunca pensé que tendría la suerte de encontrar a alguien como tú. Y honraré este regalo tuyo y de tu abuela por el resto de mi vida.

Con un ahogado grito de júbilo, ella extendió la mano, y él la sentó en su regazo, una vez más, capturando rápidamente su boca en un beso estremecedor. Cuando finalmente la dejó tomar aire, ella extendió la mano, tomó el camafeo y lo presionó contra su corazón.

—Cásate conmigo —le dijo él contra su boca—. Cásate conmigo y hazme el hombre más feliz del mundo.

Jane se apartó y lo miró con los ojos entrecerrados.

—Tendré que pensarlo —replicó—. Después de todo, eso no estaba en la lista.

Epílogo

La nieve caía con fuerza y rapidez fuera de la casa de Londres, mientras Jane permanecía de pie, en la ventana, observando cómo el mundo se volvía pacífico y blanco.

Tendrían que salir temprano para llegar al baile de Nochebuena de Livy, si seguía lloviendo así. Aunque la casa de Fincham estaba a solo unos minutos de distancia, el clima comenzaba a parecer traicionero.

El sonido de pasos, que se acercaban, hizo que su boca se curvara, en una sonrisa, y ella extendió la mano para acariciar el camafeo que había elegido usar esa noche.

Ese aroma la envolvió, antes de rodearla con sus brazos, y mover sus manos amorosamente sobre su vientre redondo.

—¿Cómo estás, mi amor? —preguntó Harry contra su cuello.

—Mejor, ahora que ya terminaste de atender tus negocios.

—Bueno, ahora soy todo tuyo. Durante dos semanas enteras, me tendrás todo para ti.

Jane volteó y rodeó con sus brazos el cuello de su marido.

—No del todo para mí —dijo—. Estaremos con Alex y Livy esta tarde y mañana. Y con los niños, por supuesto.

Harry extendió la mano y le dio un tierno beso en los labios.

—Imagínate, el año que viene también estará nuestro pequeño. —La sorpresa, en ese rostro, hizo que a ella se le cerrara la garganta. Harry levantó la vista, alarmado, mientras ella llenaba sus ojos de lágrimas—. ¿Qué te pasa, cariño? —preguntó él, mostrando la viva imagen de la preocupación.

Ella negó con la cabeza.

—Nada. —Jane resopló, sintiéndose tonta—. Simplemente, estoy feliz. Y muy agradecida por ti.

Él la besó de nuevo, esta vez más profundamente, y durante tanto tiempo, que ella se quedó sin aliento cuando él se apartó.

—Y estoy agradecido por ti —dijo él, pasando el dedo por el camafeo—. Eres el mejor regalo que podría desear. ¡Mi *alhelí* de Navidad!

El fin.